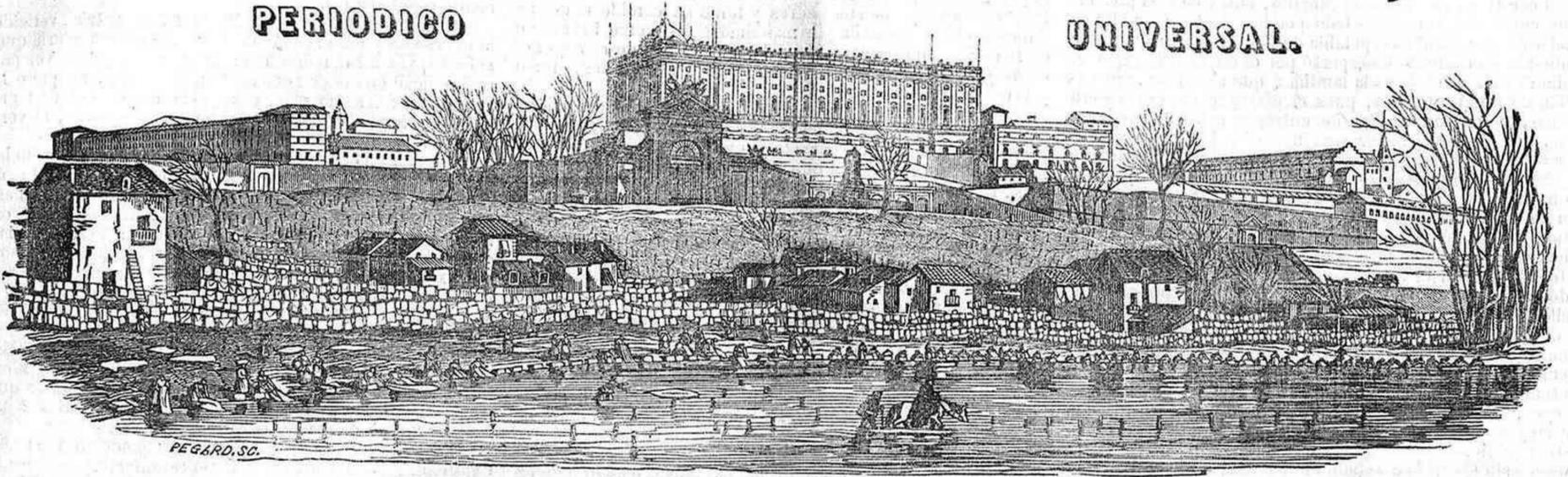


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 42.—SÁBADO 16 DE OCTUBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

INSTALACION DEL MUSEO DE PINTURAS EN CÁDIZ.

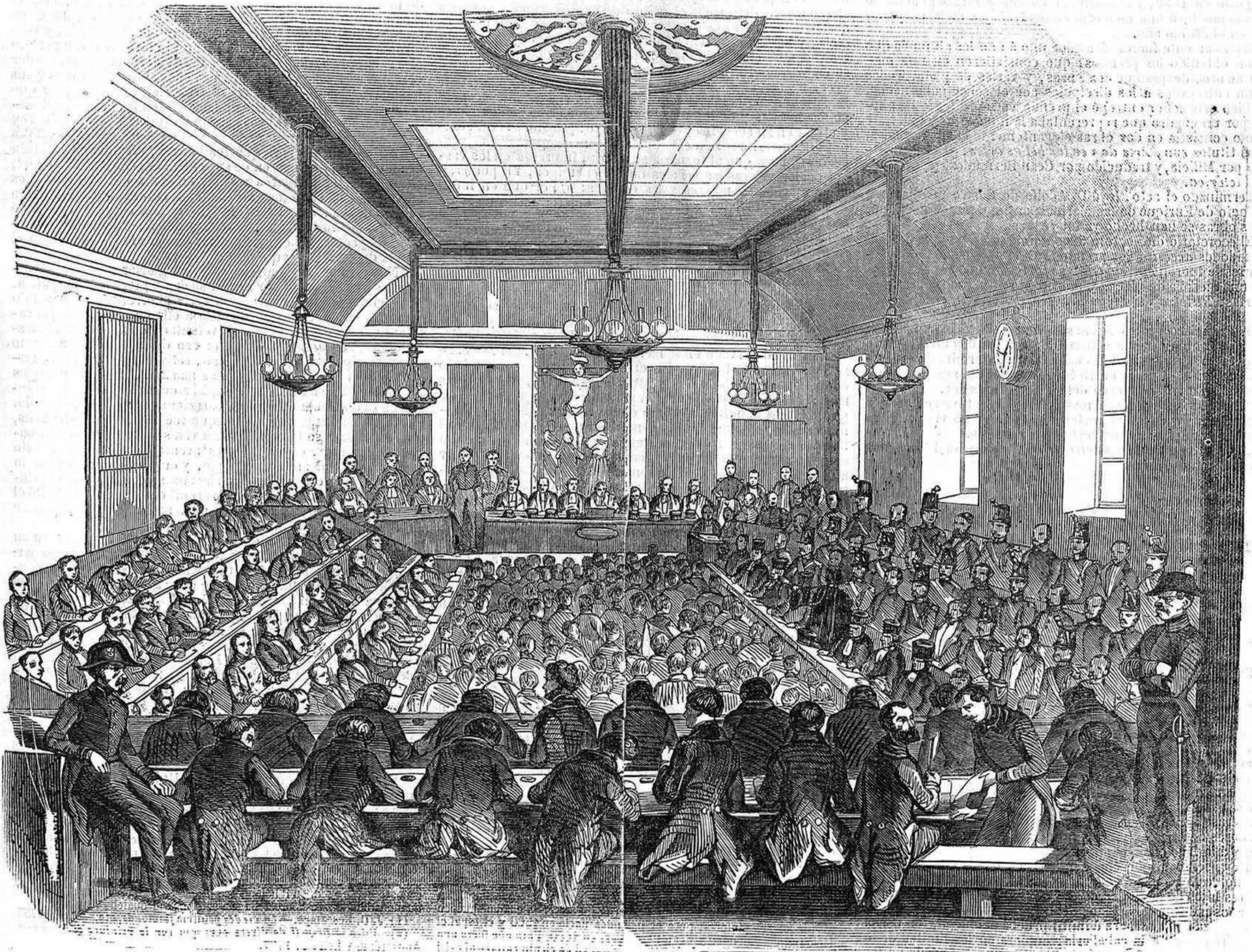
El día 10 de octubre, cumpleaños de S. M. la Reina, tuvo efecto en Cádiz la inauguración del Museo de Pinturas, en un gran salón construido recientemente para el objeto en el edificio de la Academia Provincial de Nobles Artes.

Los cuadros de que consta el nuevo Museo pertenecieron en su mayoría á los conventos suprimidos. Los mas notables son los siguientes:

Un S. Francisco, original de Zurbarán.

Un S. Bruno, del mismo.
Dos cuadros que representan otros tantos arcángeles, del mismo autor.
Siete que contienen las imágenes de igual número de cartujos, del mismo.
Cuatro de los cuatro evangelistas, del mismo.
Un S. Lorenzo del mismo.
Un S. Juan Bautista del mismo.
Un Ecce-Homo, original de Murillo.
La Virgen de la Faja, la mejor copia que hoy se conoce de este cuadro de Murillo, existente en la galería del Louvre.
Cuatro cuadros originales del Basson.

Un concilio, original de Jordaens.
Un S. Pedro, original de Herrera el viejo.
Un S. Pablo del mismo autor.
Un S. Gerónimo de Rubens.
Otro de Ribera.
Un juicio final del Poussin.
Un S. Miguel de Lucas Jordan.
Un Angel Custodio del mismo.
S. Juan predicando en el desierto, del mismo.
La Degollacion del Bautista, del mismo.
Una tabla, original de Alberto Durero.
Otra del Peruggino.



Vista de una audiencia pública en Francia.

Un cuadro del Descendimiento, de la escuela de Ribera. Otro del mismo asunto de escuela italiana. El retrato de Espartero, original de D. Antonio Esquivel. El número de cuadros llega á ciento cuatro. El Ecce-Homo, original de Murillo, antes de la supresion de los conventos fué depositado por los frailes capuchinos en poder de una familia respetable de Cádiz, para salvarlo de la codicia que entonces se despertó por obras de esta especie. Al cabo de diez y seis años la familia á que aludimos, sin escitacion de ningun género, pues el paradero del cuadro era ignorado, ha tenido la lealtad de entregar á la comision del Museo, por mano del señor conciliario de la Academia Don Javier de Urrutia, esta obra, que es una de las últimas que pintó Murillo. Rasgos de esta clase, por lo mismo que son poco frecuentes, tratándose de cuadros de gran valor, merecen las mayores alabanzas.

Bien necesitaba este refuerzo el Museo, pues por lo que muchos saben, tiene de menos algunas joyas artísticas de un mérito extraordinario. Siendo ministro D. Pio Pita Pizarro, mandó que se vendiesen en veinte y cuatro mil duros, para con ellos establecer el Museo en 1837, seis magníficos cuadros de Zurbarán, á ciertos caballeros franceses, fundándose en que este célebre artista era «un autor de segundo orden». Los cuadros que eligieron los compradores fueron, uno que representaba la Circuncision del Señor, otro la Adoracion de los Reyes, otro la Virgen cubriendo con su manto á los monjes cartujos, y otros tres, cuyos asuntos no podemos recordar en este instante.

Desde esta época han estado en depósito los cuadros en la Academia, hasta que habiendo puesto á cargo de estas corporaciones los Museos el gobierno, se ha podido construir el local á propósito, adornar con marcos dorados las pinturas, y proceder á la inauguracion de un establecimiento de esta especie, que tanto se echaba de menos en una ciudad de primer orden como Cádiz, y tan visitada, así por nacionales como por extranjeros.

A las dos de la tarde del día 10 de octubre, como estaba anunciado, empezó el acto bajo la presidencia del señor gobernador de la provincia D. Agustín Alvarez de Sotomayor, el cual tenía á su derecha al presidente accidental de la Academia, D. Francisco Flores Arenas. Los académicos ocupaban los escaños de la corporacion situados en el centro de la sala: á la cabeza de esta y cerca de la mesa se hallaban varios sillones, destinados para algunas personas de alta categoria. En el resto del local estaban las demás personas convidadas, entre las cuales se hallaban muchas señoras y señoritas de lo mas distinguido de la población.

Abierta la sesion, se leyó el acta de la junta pública del 17 de agosto de 1852, y á continuacion el secretario general de la Academia leyó una memoria de los trabajos de la corporacion en el último año.

Seguidamente fueron llamados uno á uno los alumnos que habian obtenido los premios, que consistieron en una medalla de oro, de peso de dos onzas, y varias de plata. Todos fueron entregados á los discípulos por el señor gobernador. Tambien este señor entregó el premio extraordinario de pintura por un cuadro que representaba la muerte de Abel. Este premio consistia en dos obras elegantemente encuadernadas, cuyos títulos son, *Arte de ver las bellas artes*, escrito en italiano por Milicia, y traducido por Cean Bermudez, y *La Arcadia Pictórica*.

Terminado el acto, leyó D. Adolfo de Castro un discurso en elogio de Enrique de las Marinas, antiguo pintor gaditano, cuyas obras se han hecho ya muy raras.

El secretario dió lectura á los nombres de los que habian obtenido los accesit á los premios, y á dos de los estudios superiores le fueron entregados los objetos en que consistian: al uno una medalla de plata, y al otro la antigua obra francesa de artes: *Histoire du Siege des Muses*, lujosamente encuadernada.

D. Francisco Flores Arenas leyó una oda á la emulacion, y cerró el acto el señor gobernador con un discurso alusivo al objeto de la junta, con lo cual se dió por terminada esta. El señor obispo de Guadix entró bien avanzada la sesion y ocupó un asiento á la izquierda del señor gobernador.

Ochenta y una obras, á mas de las que obtuvieron premio y accesit concurren al certámen: número no escaso si se atiende á que los alumnos llegan á quinientos.

El discurso del señor Castro y la oda del señor Flores Arenas van á continuacion.

ELOGIO

DE ENRIQUE DE LAS MARINAS,

LEIDO EN LA APERTURA DEL MUSEO GADITANO

EL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1852.

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

Señores: Cuando la justicia histórica, deseosa de castigar los ultrajes hechos á la humanidad por algunos poderosos de la tierra ó por varones señalados en las ciencias ó en las artes, descubre entre las cenizas de ellos, así las lágrimas como las gotas de la sangre de sus victimas, suelen la adulation y el envilecimiento de los hombres, ó un falso amor de la patria, no sufrir que sean manifiestas al mundo. Por eso tratan de cubrir unas y otras con lozanas flores y con dorados laureles. A los lamentos de las victimas que vagan en derredor de las soberbias tumbas de sus émulos, convierten en ecos de imperecederas glorias; y en tanto el vulgo, engañado con los resplandores de fingidas virtudes, tributa á la maldad la veneracion y á la insolencia el aplauso.

Hoy, señores, que con generoso orgullo me presento en esta noble Academia á recordar el nombre de uno de los mas ilustres hijos de la ciudad de Cádiz, no pretendo por engrandecer los méritos del artista, ocultar delitos de la persona. Si á semejanza de la bárbara é inútil prueba del fuego, tan usada en los tiempos de la caballería, cupiera en los límites de lo posible otra mas propia de la cultura de nuestra edad, no temeria poner sobre el fúnebre mármol del artista corona de

blancas rosas, en la seguridad de que estas no habrian de sonrojarse indignadas, publicando con el color sangriento los crímenes que encerrase la tumba.

Enrique de las Marinas fué el nombre del pintor gaditano, cuyas glorias intento renovar en la memoria de las gentes. Perdió el apellido de sus padres y tomó en cambio el de sus famosas obras, sin duda por mas ilustre, así como Francisco de Herrera el mozo mereció en Roma el título de *el Español de los peces*, por la habilidad con que sabia imitarlos, émulos y vencedor de la naturaleza.

Desde los primeros años de su juventud sintió Enrique deseos vehementes de dedicar á las artes su ingenio, más por propia inclinacion que por el ejemplo de los de su familia. Admirador de los objetos que en Cádiz se presentaban á sus ojos, se apartó de la manera de los pintores que á par de él florecian en el siglo de Felipe IV, y escogió para asuntos de sus tablas las marinas y los bajeles.

No, como los pintores de su siglo, personificaba al mar en un anciano de largos cabellos, de barba crecida y desordenada, desnudo, hórrido y fiero, en pié sobre un soberbio delphin ó sobre una nacarada concha, llevando en la siniestra mano el timon de una nave, mientras cercaba su cuerpo una vela agitada por el viento (1). No como el Ticiano pintaba con valiente colorido el robo de Europa, cuando Júpiter, convertido en toro, la arrebató de entre los brazos de sus ninfas, y en las ondas del Mediterráneo la condujo, cercado de delphin y de amores, á esta parte del universo conocida por el nombre de su amada (2).

El artista gaditano prefirió á estas bellezas, nacidas de la imaginacion de los poetas gentiles, la verdad, mas grande en su sencillez que ornada con floridos atavios y con manto de púrpura y de oro.

Las ligeras fustas de los corsarios de Argel que soberbiamente inestaban los mares para poner en duro cautiverio las vidas de los cristianos; las angostas carabelas, imágenes de las que con Colon saludaron por vez primera los alegres montes del Nuevo-Mundo; los grandes galeones que traian á España los preciosos metales de las dos Indias, y las veloces galeas con sus treinta remos por banda, servian de asuntos para los lienzos del artista de Cádiz: ya las naves surtas en el seguro puerto, ya contrastadas por las tempestades, rotos los mástiles y quebradas las antenas: ya en perezosa y larga calma, dormidas las olas y encadenados los vientos: ya, en fin, cuando al descubrir la tierra olvidaban los peligros de la mar, y ufanas con sus ricas banderas celebraban su triunfo sobre los huracanes y oprimian con mas orgullo las iracundas aguas que no pudieron derribar su entereza.

En aquel tiempo los pueblos, no cansados de fatigar la tierra con poderosos ejércitos, llevaban constantemente en el estampido del cañon el grito de sus discordias á aquellos desiertos del mar que ignoraban los estragos de la injusta codicia, y hasta la existencia miserable de los hombres. ¡Cuántas veces las olas, primero compasivas y después indignadas, se embravecieron para separar las naves enemigas! ¡Cuántas veces las llamas de los grandes y ricos bajeles parecian subir impetuosas á encender las nubes, y cuántas, ¡ay! los acentos de los heridos y de los moribundos parecian abrir los cielos y atraer en su socorro el vengativo rayo! ¡Cuántas veces, después de encarnizadas luchas, ambos contrarios se decian vencedores, para que al tomar á su patria, impresas en los cascos de las galeras las señales de los enemigos, no pudieran preguntarles las madres y las esposas: «¿Por qué en inútil batallar consumisteis las vidas de los objetos mas dulces de nuestro cariño?»

Asuntos eran estos, si tristes para el corazon, horrendamente sublimes para el pincel del artista gaditano. Pero la fecundidad de la inventiva y la gallardía del colorido con que Enrique pintaba las marinas, no provocaron el aplauso ni la envidia de los que con mas perfeccion estaban usados á vencer las dificultades del arte. Si los náuticos encarecian su exactitud en el retratar de las jarcias, velas y remos, los pintores miraban con injurioso desden sus obras. De sus viajes de Italia habian conservado en la memoria á Miguel Angel Buonarroti y á Rafael de Urbino, los cuales, ocupados en el dibujo como parte principal de la pintura, habian tenido por cosas mas accesorias y de menos importancia para los valientes pintores, así la imitacion como el colorido, así la viveza como los paisajes, así las frutas como los animales (3). Ya en el tiempo de Felipe IV algunos artistas españoles procuraban aventajarse á los italianos, uniendo á la perfeccion en dibujar la figura humana, la felicidad en los demás objetos de la naturaleza. Pero los que con varonil resolucion solamente pintaban apacibles campos, valles alegres y sombríos, vistosas flores, tranquilos ó turbulentos mares, frescas y lozanas yerbas, y árboles cubiertos de pompa y regalados frutos, no alcanzaban el crédito de hombres superiores en el arte. Así Juan de Butron, el defensor de la ingenuidad de la pintura, hablaba con desprecio de los paisistas (4). Así Francisco Pacheco tímidamente descubria su sentimiento en la materia, diciendo con la autoridad de Plinio la poca gloria que consiguieron estos artifices en la antigüedad griega y latina (5).

Enrique, al ver que la ciencia, el colorido, la propiedad y la belleza con que pintaba sus marinas, no merecian la estimacion de su patria, volvió los ojos á las estrañas naciones, para contemplar un espectáculo mas lisonjero á su ánimo generoso.

El artista holandés Enrique Cornelio Wroom (con quien algunos suelen hoy equivocarlo) (6), se habia hecho inmortal entre los suyos y entre los varones mas ilustres de la Gran-Bretaña, pintando marinas y bajeles. El cuadro de la espantosa batalla de la «Armada Invencible» de Felipe II con la de

(1) Cesare Ripa.—*Inconologia*.—Siena, 1615.

(2) Fontenai.—*Galerie du Palais Royal*.—Paris, 1786.

(3) Vicente Carduci.—*Dialogo de la pintura*.—Madrid, 1635.

(4) Juan de Butron.—*Discursos apologeticos en que se defiende la ingenuidad del arte de la pintura*.—Madrid, 1626.

(5) Francisco Pacheco.—*Arte de la pintura, su antigüedad y grandez*.—Sevilla, 1649.

(6) Luis Lanzi en la *Storia Pittórica della Italia* (Bassano, 1795), quiere decir que «Enrique Cornelio Wroom» es el mismo que llamaban en Roma Enrique de España ó de las Marinas. Pero en la edad no pueden convenir los dos pintores, pues el holandés nació en 1566 y el español falleció (segun Palcimino y Cean Bermudez) en 1680. Para que fuera una misma persona necesitaria haber muerto de edad de ciento calorze años!!! Otro autor italiano, no menos docto que Lanzi en las cosas de la pintura,

Isabel de Inglaterra, en cuyo socorro dejaron sus cavernas los huracanes, dió al artista la proteccion del almirante Howard; y las tablas en que describió otras batallas navales entre las fuerzas de España y Holanda, el aplauso y los premios del príncipe de Orange y de los Estados Generales de aquella naciente republica (1).

Abandonó Enrique de las Marinas á su patria, vencido de la necesidad y obligado del deseo de adquirir la gloria que negaba España á sus merecimientos. Al mirar por la vez postrera la ciudad en donde rodó su humilde cuna, no pudo hacer resistencia á las lágrimas, y las derramó de dolor: lágrimas que mas bien debiera haber derramado su patria, al ver que para siempre lo perdia.

Peregrino por reinos estraños, anduvo Enrique luchando contra los rigores de su adversa fortuna, hasta que llegó á la ciudad de Roma, donde admiró los restos de las tumbas, de los anfiteatros y de los coliseos, pompas imperiales de los dominadores del mundo, anunciando con sus lastimosas ruinas el fin de las soberbias moles que el arte de los modernos siglos ha erigido en la loca persuasion de que el tiempo respetará asombrado lo que no respetó en las mas que gloriosas memorias de los Pompeyos, de los Catones y de los Césares.

Ganoso de ser conocido y estimado Enrique en la ciudad de Roma, donde se conocian y estimaban las obras de Miguel Angel, de Rafael, del Correggio, del Guido y del Ticiano, buscó en las márgenes del Tíber, mas rico en ruinas que en frondosos árboles, inspiracion para esprimir en sus tablas asuntos dignos de la maravilla de las gentes.

Los recuerdos de su patria no lo abandonaron al pié del Capitolio. Allí pudo imaginar la representacion del triunfo de Lucio Cornelio Balbo, insigne gaditano, cuando este heróico vencedor de los garamantas, tenidos hasta entonces por indómitos, caminaba en su carro de marfil, arrastrado de seis vigorosos elefantes, en medio del resonar de las turbas y del clamor con que el regocijo del pueblo inclinaba todos los corazones al aplauso de sus marciales glorias: allí pudo imaginar al capitán ilustre precedido de los despojos y de los caudillos contrarios, opresos en cadenas de plata: allí imaginar la pompa feroz de los cien blancos toros que con las astas, doradas por hábiles artifices, y en ellas guirnaldas de frescas flores, parecian ir orgullosos y alegres á perder las vidas para lisonjear con su cruento sacrificio, aun mas que al dios sanginario, al mortal igualado en veneracion á las deidades del Olimpo.

Mas no olvidó Enrique de las Marinas los lugares delictosos de su patria, ni trocó para asuntos de sus pinceles por la magnificencia de los triunfales aparatos de los héroes antiguos, las aguas del Océano que bañan los muros de Cádiz, ni los fronteros montes en que batalló desde su carro, tambien de marfil, el desdichado Rodrigo, cuando el Africa, encendida en el fuego de su ambicion, lanzó contra España á los árabes, diciéndoles: «Me será el dominio del mundo, y vosotros los que pondreis en mi mano el cetro de mi imperio.» ¡Jornada infeliz donde el alarbe fiero, después de descender con guerrera tempestad sobre los godos, hirió al último de sus monarcas precipitándolo en el Guadalete, tal vez para que arrebatado por sus veloces ondas diese en las del mar alteradas por los vientos: tal vez para que el misero cadáver del rey vencido llevase las nuevas de la victoria á las desiertas playas del Africa: tal vez para que los buitres, disputando la presa de su cuerpo, arran asen de sus entrañas, convertido en hiel, el jugo de los manjares regios, en tanto que los caudillos árabes se repartian los pedazos de la corona de España, rota al caer de las sienas de Rodrigo! ¡Imagen espantosa del que no supo defender el puesto que le habia señalado la naturaleza! ¡Espectáculo horrible y digno de ser engrandecido por el pincel del mas eminente de los artistas!

No quiso pintar Enrique aquellas glorias ni estas adversidades, tan solo por ser adversidades y glorias de su patria. Pero como la amaba mientras creia aborrecerla, rehusando volver á pisar su suelo, tornaba á ella en alas de su pensamiento, mas generoso que su voluntad, ofendida por el desprecio de sus compatriotas. Por eso descubriendo su afecto de amor, ignorado por él mismo, retrataba los lugares queridos de su infancia: por eso las marinas, por eso en fin los bajeles que en su niñez contemplaba desde los blancos torreones de Cádiz, cuando iba desapareciendo la alegre luz del día.

El noble vengador de Enrique fué Pedro Pablo Rubens, cuyas pinturas se tienen por mas vivas y perfectas que la naturaleza misma, cuyos paisajes aventajan á cuanto en este género habia alcanzado su siglo, y cuyos merecimientos le atrajeron la proteccion y las alabanzas de los reyes y príncipes de Europa. Rubens con varonil entereza no desdeñó el imitar los mares, ni transmitir al lienzo la ciudad patria de Enrique.

Eligió pues la vista de una montaña, así para que en su eminencia apareciese una agradable quinta con deliciosos jardines y de su falda brotase un manantial fecundo, que convertido en arroyo fuese á perder sus aguas en el mar, como para que una gran parte de la ciudad de Cádiz se presentase á los ojos, naciendo á las espaldas de la montaña misma (2). La amenidad del sitio por la grata emulacion de la tierra con el Océano, habia incitado á Rubens á buscar un asunto heróico digno de ella. *La Odisea* de Homero (3) le hizo trasladar á Cádiz lo que fingió el poeta griego en la isla de Corfú, y poner en los lugares encantadores de la ribera, y no lejos del arroyo cristalino, á la princesa Nausicaa y á sus doncellas en el acto de aparecerse Ulises desnudo á demandarles amparo, después de la hórrida tempestad con que lo habian oprimido los dioses, hasta el extremo de dar á su nave sepulcro en los abismos del Mediterráneo.

España admiró en esta obra de Rubens lo que no habia querido admirar en las de uno de sus hijos: la perfeccion en pintar marinas. Bien sé que no puede compararse en la espre-

el caballero Guarenti, dedica un artículo á Enrique Wroom y otro al de las Marinas, considerándolos como sugetos enteramente distintos. El mismo Lanzi, que niega la existencia del pintor español, obra solo por conjeturas, y con tal indecision, que dice lo siguiente: «Quindi non riconosco per ora sennon l'olandese, pronto á riconoscerne quel di Cadice quando abbia prove sicuro della sua esistenza in qualche tempo.»

(1) J. B. Descamps.—*La vie des peintres flamands, etc.*—Paris, 1755.

(2) Piles.—*Recueil de divers ouvrages sur la peinture et le coloris*, Amsterdam y Leipzig, 1767.

(3) Libro VI de *La Odisea*.

sion de los demás objetos de la naturaleza el pintor gaditano con el ilustre flamenco: el uno se asemeja al entreabierto capullo de la rosa á quien negó la mañana su frescura para que estendiese sus hojas con mas lozanía: el otro, favorecido de los reyes y de los demás poderosos de la tierra, fué obligado á mostrarse grande, y grande apareció para el aplauso de los siglos. Pero no es menos grato á la vista el humilde arroyo que tuerce su camino por entre flores, sin que haya un raudal que salga á aumentar su corriente, que el ancho y soberbio rio en cuyo auxilio vierten los vecinos montes el humor que atesoran en sus entrañas.

No quiero fatigar vuestro ánimo, señores, por mas tiempo. Basteos saber que Enrique de las Marinas abandonó á los sesenta años de su edad (1) el mundo, al pié de las fábricas sublimes que encierran las obras de Miguel Angel. Las auras del majestuoso Tiber besaron su rostro marchito por el hielo de la muerte; y aunque corrieron al mar para confiarle los últimos recuerdos del artista gaditano, se perdieron sobre las olas antes de llegar á esta isla, convertida por el pincel de Rubens en digna residencia de los héroes de Homero.

¿Qué importa, señores, que las cenizas del artista tuviesen reposo lejos de los lugares donde brotó su llanto en la primera entrada de la vida? Para la veneracion de los hombres ilustres, honra de su tiempo, de la humanidad y de la nacion que los tiene por hijos, su tumba siempre está en su patria.

Hoy que la Academia Provincial de Bellas Artes presenta á sus compatriotas el Museo Gaditano de Pinturas, instalado por sus desvelos, justo parece recordar el nombre de Enrique de las Marinas, ya que no podemos hacer gloriosa ostentacion de sus obras al lado de las de Murillo, Zurbarán y Herrera (2). Si la patria no procura perpetuar la fama de los varones insignes, ¿qué valdrá la virtud? ¿qué los merecimientos? Serán como la voz que resuena en los oídos sin herir en los corazones, y que arrastrada del impetu del viento se desvanece en los espacios. Serán como la gota de rocío que cae en la inmensidad de los mares, sin hallar una concha que la recoja en su seno para convertirla en preciosa perla.

Decid ¿qué fué de las ciudades, qué de las marinas, qué de las florestas pintadas por Ludio para la casa de los Césares? Los siglos las sepultaron en las ruinas de los pórticos y de los salones de labor corintia y egipcia, con las estatuas donde tenían esculpido los príncipes el traslado de sus victorias y hazañas: las sepultaron como sepultaron la silla imperial y hasta la misma diadema de los sucesores de Augusto.

¿Qué hubiera sido, decid tambien, de la fama de Ludio como pintor esclarecido, si Plinio no se encargara de transmitir su nombre á las generaciones futuras (3)? Y que hubiera sido, en fin, del mismo nombre de Ludio, si las obras de Plinio perecieran abrasadas, como pereció su autor, bajo la lava del Vesubio?

Señores, en medio de la flaqueza humana tenemos un gran poder sobre el tiempo: sobre el tiempo que así deshace montes como despedaza piedras: sobre el tiempo que seca los raudales de los mas anchurosos rios: sobre el tiempo que todo acaba y que consume todo. La memoria de los hombres basta á detener, aunque sea por breves instantes comparados con la larga duracion de las edades, su brazo invencible, para que no hiera con el último golpe lo que en la tierra queda de las personas ilustres.

¿De qué sirvió á Protógenes dar tres y cuatro veces color á la imagen de Jaliso para el templo de los rodios con el fin de que los siglos, al pasar por delante de ella, no arrebatasen la obra en su veloz huida? ¿De qué sirvió que el rey Demetrio perdiese la lozanía de corazón con que fatigaba á la ciudad de Rodas y levantara el cerco para que las llamas de la guerra no pudiesen devorar la famosa tabla de Protógenes? Y ¿de qué sirvió que esta fuese llevada al templo de la Paz en Roma como el mas grande trofeo del pueblo vencedor del mundo, y puesta en el asilo que con mas seguridad cuidaba á las artes? El valeroso y repetido trabajo de Protógenes no logró oponer constante resistencia al vuelo arrebatador del tiempo: la veneracion y la voluntad del monarca acabaron cuando acabó su siglo, y juntamente con él la misma veneracion que tributaban á sus órdenes los que nacieron sus súbditos; y la Paz, dejando de ser diosa para los mortales, vió en su despreciado templo á los rencores aniquilar, con el auxilio del hierro y de las hogueras, así las columnas como los altares y demás objetos de su culto. Solo quedó del artista griego lo que queda de las miserables naves destruidas por la temerosa tempestad: despedazadas memorias que, llevando por piloto al Destino, van á saludar á los bajeles que han permanecido ilesos al amparo de las amigas riberas.

Pues el tiempo ha comenzado ya á aniquilar las obras de Enrique de las Marinas, evitemos cuanto nos dure el vivir que igualmente destruya las memorias del artista gaditano. No abandonemos la nave que ha dejado nuestro puerto. Todavía podemos distinguirla en el horizonte. Si acaso las nocturnas sombras llegan á envolverla en su funéreo manto, ¡ay de ella! señores: no esperemos que torne á aparecer sobre las ondas del mar cuando luzcan en el Oriente los resplandores de la nueva aurora.—He dicho.

LA EMULACION.

ODA LEIDA EN EL ACTO DE LA APERTURA

DEL MUSEO PROVINCIAL DE CADIZ,

Y DISTRIBUCION DE PREMIOS

A LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES.

¡Miradla cuán gentil! su planta breve
Abrojos huella y los convierte en flores,
Miradla!... De Favonio el soplo leve
Su pura frente orea,

(1) Palomino.—*Vidas de los pintores eminentes españoles*.—Madrid, 1724.

(2) Cean Bermudez.—*Diccionario de los mas ilustres profesores de las Bellas Artes* (Madrid, 1800), dice: «Sus marinas son muy raras y buscadas.»

(3) Cayo Plinio Segundo.—*Historia natural*, libro XXXV, cap. x.

En tanto que los plácidos amores,
Volando hácia las playas de Eritrea
En tropa vagarosa,
La admiran ninfa, la festejan diosa.

De encina y verde lauro
Entreteje la nitida melena,
Afrenta del metal que arrastra el Dauró
Entre las conchas de su rica arena.
Cual altiva azucena
Su coronada sien irgue y levanta:
La luz del genio en su mirada brilla;
Y para colmo de belleza tanta,
A su tersa mejilla,
Donde agotó natura sus pinceles,
Nieve da el Alpe, rosas los verjeles.

Ase su mano y muestra
La sonora trompa de la fama
Convocando á leal noble palestra,
Y en tanto que proclama
De altos varones los ilustres hechos,
No ya á imitarlos, á escederlos llama.
Miradla; y si en los pechos
Gérmen sagrado alimentais de gloria,
Contemplad en su diestra
La palma, galardón de la victoria.

Vedla que llega ya: del nuevo templo,
Que hoy inaugura el pueblo gaditano
Para estudio del arte y para ejemplo,
Ya el mármol huella: párase: su mano
En derredor estiendo,
Su conmovida faz do quier pasea,
Y su húmeda mirada do quier tiende.
En fin, la augusta dea,
Con voz segura que el silencio invoca,
Estas palabras vierte de su boca:

«Yo soy *La Emulacion*, hija del cielo;
Yo la que al hombre infundo
De altas acciones el laudable anhelo.
Nada sobre la faz del ancho mundo,
Nada sublime y grande
En saber ó en virtud, en paz ó en guerra,
Se hizo sin que lo inspire ó que lo mande.
Mios son los laureles
Que lograron ceñir sobre la tierra
Armas, plumas, buriles y pinceles.

»En este mismo suelo, ya cercana
La era de luz, de salvacion la aurora,
Un campeón del águila romana
Llega al templo de Alcides
Y ante una estatua se prosterna y llora.
«Este héroe (dice), ya famoso en lides
A mi edad fué; su lanza vencedora
Conquistó desde el Indo hasta el Meandro;
Y yo nada hice aun; César es nada,
Y dueño de la tierra fué Alejandro.»
Dijo, y tornó á llorar; y yo su espada
De esfuerzo armé; y un día en lid ferviente
Contra guerrera gente
César da ley al Rhin, la Galia doma,
Y pasa el Rubicon, é impera en Roma.

»La Europa entera da á Colon manilla;
Loco es su afán, su pretension quimera.
Yo inspiré á la gran reina de Castilla,
Y ella quiso ser mas que Europa entera.
Y lo alcanzó; y la suerte
Por extraño camino,
En vez de prevenir ignota muerte
Entre las olas al audaz marino,
Conduce al mundo, que él soñó, las velas
De sus siempre gloriosas carabelas.

»Y Pizarro y Cortés se alzan ufanos,
Juzgando ser baldón del suelo ibero
Si los heróicos pechos castellanos
No hacen mas de lo que hizo un extranjero;
Y ciñéndose arcos militares,
Así dijeron al surcar los mares:
«Si por ciencia ó fortuna
Colon descubre un mundo, en cuya roca
No vió de agena planta huella alguna,
A entrambos hacer toca
Con nunca vista hazaña
A ese mundo provincia de la España.»

»Y se cumplió su afán. El vasto imperio
Que de Guatimozin en sangre tinto
Tragedia fué del indico hemisferio,
Su cuello dobla al vencedor de Otumba;
Que al César Carlos Quinto
Alza un trono do á un rey abrió una tumba.
Pizarro en tanto su inmortal bandera
Tremola en las antárticas regiones
Do absorto el inca sobre el trono viera,
En vez del sol, castillos y leones.
Sus invictos pendones,
Por el valor guiados y la suerte,
A España de otro imperio hacen señora;
Y á no atajarle el paso presta muerte,
De sus reyes la enseña vencedora
Llevar osara él solo
Del alto Chimborazo al austral polo.
Empero siempre no la gloria guarda
Su alto laurel para el sangriento Marte,
Gloria injusta tal vez, tal vez bastarda:
Mas bello don reparte
Sobre los que en la paz ilustres fuéron,
Y por ingenio ó arte
Honra á su patria y á su siglo dieron.

»Nuevo Fidas se eleva Buonarreta,
Y arquitecto y pintor brilla eminente.
La inspiracion de su cabeza brota,
Cual brota del Vesubio lava ardiente,

Sin que su cana frente
Do el juvenil ardor aun vive ilesos,
De tres coronas se doblegue al peso.

»A par suya el de Urbino
Por mí inspirado esclama, si no en vano:
«Aun haré mas que su pincel divino.»
Y al oirlo responde el noble anciano:
«Yo, emulando al Bramante,
Sabré alzar, con aliento sobrehumano,
En esos aires cúpula gigante.»

»Ambos murieron; pero no su fama,
No sus obras que al arte fuéron leyes:
La Emulacion á sus exequias llama
Pueblos, nobles, pontífices y reyes.
Las itálicas greyes,
Pulsando sus tristes laudes,
Lanzan un ay; y en su dolor profundo
Un ay repite contristado el mundo,
Mientras sobre sus vanos ataudes,
Ricos con tal tesoro,
De la inmortalidad el dedo asoma
Grabando en letras de oro:
La Transfiguracion, San Pedro en Roma.
Por mí los soberanos de la tierra
Dieron al arte premio en los artistas.
Ved á Carlos, si no, rayo en la guerra,
Grande en imperio, grande en sus conquistas,
Vedle con diestra grata
Levantando el pincel que cayó al suelo
Mientras pintor insigne le retrata,
Y esclamar, emulando al noble abuelo:
«Dignos son los Tiranos
De que los sirvan imperiales manos.»

»Ved á Francisco, que en perpetua lucha
Sus lises contra el águila altanera
Osado lanza, si con gloria mucha,
Con escasa fortuna á su bandera.
Humilde cabecera
Vedle allí contemplar, mientras la muerte
Rompe del Vinci los terrenos lazos;
Y el rey lágrimas vierte,
Y lecho del artista son sus brazos.

»Empero, cuando mira
Que murmura la turba cortesana
Viendo que así un pintor tal honra gana,
Le dice ardiendo en ira:
«Sabed que de pecheros
Yo puedo hacer ilustres caballeros
Si á mi deseo place:
Ilustres hombres solo Dios los hace.»

»Baste ya; que á narrar en breve suma
Tantos hechos de gloria
Fuera escasa la voz, torpe la pluma,
El labio ru lo, incierta la memoria.
Baste ya: no ilusoria
Sea mi inspiracion: en torno vuestro
Volved do quier la vista: el arte os habla.
Cada lienzo es aquí mudo maestro,
Un primor es del arte cada tabla.
Osad: esceder; y si alta vuela
Por dicha vuestra gloria, y si el renombre
Conquistais que ferviente el alma anhela,
Sea loor al nombre
De la que augusta brilla
En el escelso trono de Castilla.
La gaditana escuela
En ese nombre real os galardona.
Luchad, vencid; y cual de humilde fuente
Marañon nace en apartada zona,
Siendo lágrima ayer, cuando hoy torrente,
Vuestro pincel potente
Podrá un día elevarse al Capitolio
Do al genio audaz munifico reparte
Sus mercedes el solio,
Su aplauso el mundo, su corona el arte.»
Dijo, y desapareció; pero su acento
No será grano que se arroje al viento.
El fructifique en vuestras nobles almas.
Luchad: *La Emulacion* os dará palmas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ALMACENES Y FABRICAS

DE:

PERFUMERIA Y JABONES FINOS DE TOCADOR

DE LA CASA VIOLET EN PARIS,

PROVEEDOR PRIVILEGIADO DE S. M. LA REINA DE ESPAÑA

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Creemos digno de fijar la atencion de nuestros lectores sobre este magnífico establecimiento, que ha merecido los premios siguientes:

Una medalla de honor concedida por los señores del Jurado Central en la Esposicion de Francia en 1849, por la superioridad de los productos fabricados en esta casa, y otra medalla de premio concedida por los señores del Jurado Internacional en la Esposicion Universal de Londres en 1854, por la superioridad de la perfumeria en general y de los jabones finos para el tocador.

Este vasto y magnífico establecimiento, cuya reputacion se ha extendido por toda la superficie del globo, y cuyos productos universalmente apreciados han valido á su fundador recompensas en todas las esposiciones de los productos de la industria, así como la honorífica proteccion de las cortes de España, Inglaterra y Rusia, es el único que hoy podemos recomendar á los consumidores de buen gusto, al mundo elegante y á la alta sociedad.

El mérito particular de las perfumerías de Violet, además de su conocida eficacia, consiste en no fatigar nunca el olfato de las personas nerviosas ó delicadas, y antes al contrario proporcionar al organismo en general principios suaves y calmantes.

Los medios y sustancias empleados en su fabricación por su hábil preparador son todos higiénicos, y por eso las señoras han adoptado los productos de esta casa para su tocador y el de sus niños, sin que puedan temer los mil inconvenientes causados por las defectuosas preparaciones que con demasiada frecuencia producen en el cutis granos, pecas ó eflorescencias.

Los jabones finos de tocador son principalmente el ramo más importante de los negocios y exportaciones de esta casa. Los más afamados son:

El jabón de tridacio, sometido al examen de los químicos y de los más célebres doctores en química médica, ha proporcionado á su inventor los más lisonjeros elogios. Todos han convenido en que el tridacio combinado con preparaciones despojadas de causticidad, debía ser muy recomendable para el uso del tocador. En efecto, este jabón cuya espuma lechosa forma una loción nutritiva, hace que la epidermis conserve su aterciopelado y elasticidad, aumentando su blancura. Las señoras y las madres de familia deberán servirse de él para el tocador de los niños, á fin de precaverles de todas las afecciones de la piel, especialmente cuando cambia a temperatura.

El jabón de almendras de melocoton. La base principal de su composición es el jugo de las almendras de melocoton, el cual es más suave que el de las almendras ordinarias. Este nuevo producto es dulcificante y depurativo. Su espuma ligera y abundante da al cutis todo su brillo natural.

Este jabón se usa como crema para la barba y los baños, su espuma permanente y fresca dispensa del uso de las cremas frías que se usan para quitar el ardor producido por la navaja.

El jabón de jazmín de España, única composición que recuerda de un modo exacto y seguro el perfume natural de las flores de jazmín de España. Esta especialidad ha valido á su inventor una medalla de honor en la Exposición de los productos de la industria de Francia en 1849, y en la Exposición Universal de Londres en 1851.

Entre otras diferentes preparaciones para el tocador citaremos:

El cold cream de rosas, adoptado generalmente en Inglaterra, en donde las mugeres son tan afamadas por la belleza y transparencia de su tez, debe su reputación á los elementos balsámicos y untuosos de que se compone, así como á su constante eficacia para dulcificar la piel, ponerla más blanca y contribuir de este modo á la belleza y á la salud, que son siempre inseparables.

Se recomienda el cold cream contra las irritaciones de la epidermis, como granos, pecas, manchas, paño, y contra las manchas epáticas y las eflorescencias. Esta crema conviene principalmente para las mugeres en cinta, á fin de precaverlas del paño ó máscara á que están sujetas. También sirve para

evitar que el color de la cara se tome con el frío ó con el demasiado calor.

Los polvos refrigerantes de flor de arroz, purificados con lociones alcohólicas, y hábilmente combinados con algunas flores olorosas, forma una de esas preparaciones notables para herosear la tez, y es un complemento del cold cream. Así es que después de servirse de la crema se hace uso de los polvos, estendiéndolos con cuidado por la cara con una borla

propiedades del tridacio, y comunica también al organismo en general sus principios suaves y calmantes.

Citaremos también los extractos de olores para el pañuelo, y las esencias de flores para perfumar las habitaciones.

Las flores más esquisitas por su perfume, las plantas más abundantes en aroma, y los bálsamos más olorosos, sirven para la composición de estas esencias florales. Una ó dos gotas en un pañuelo bastan para estender sus suaves emanaciones. Son muy recomendadas en la época de las soirées de invierno, para los gabinetes y los salones. La suave frescura de su olor impregna la atmósfera de deliciosas emanaciones. Estos olores son el scotia-flora, el volcameria, el bouquet ó ramillete del Westend, las flores de mayo, la esencia de ramillete, la flor de melocoton, el geranio príncipe de Orange y la violeta de Parma.

Las preparaciones para conservar y hacer crecer el pelo no son menos recomendables.

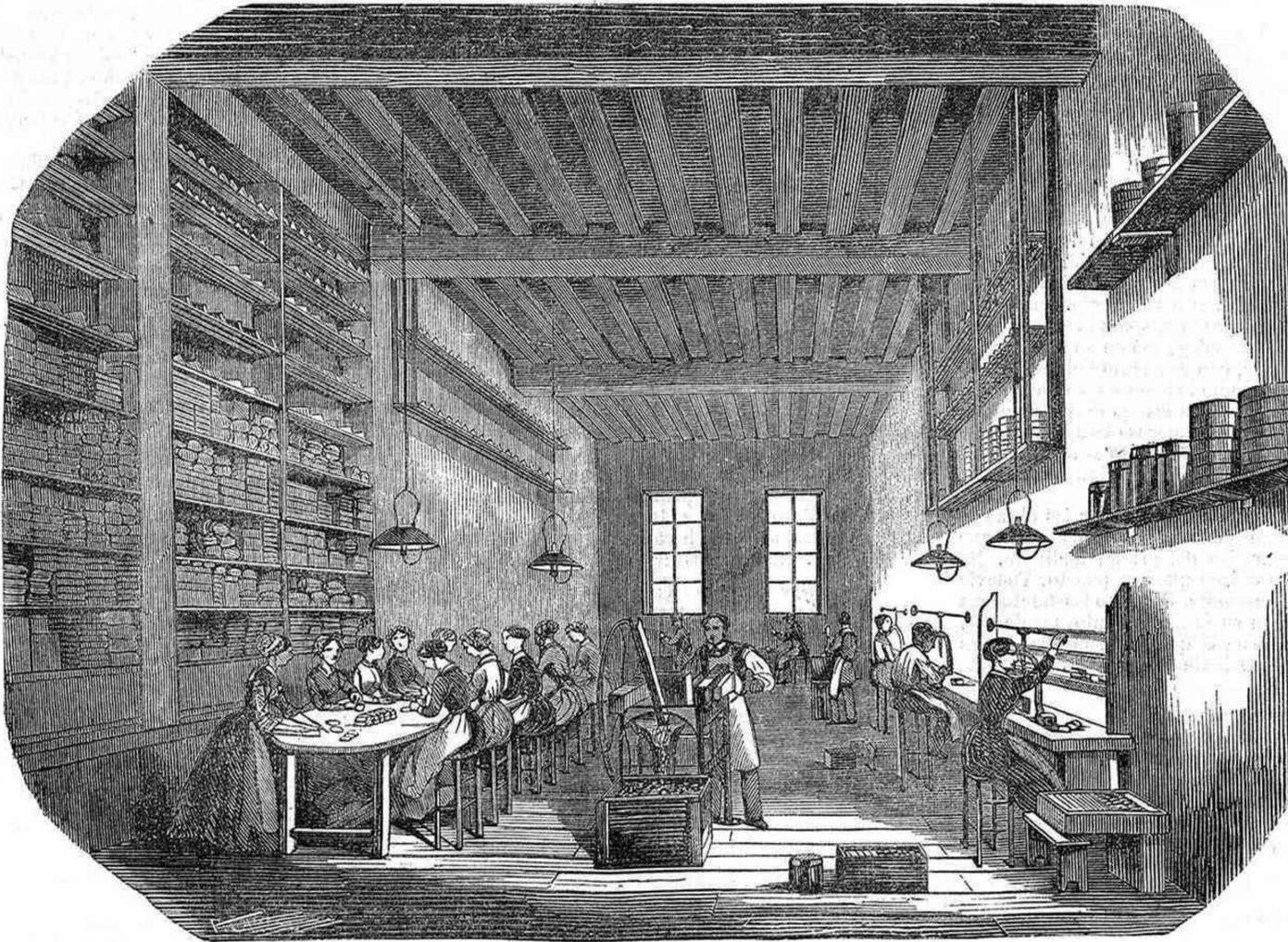
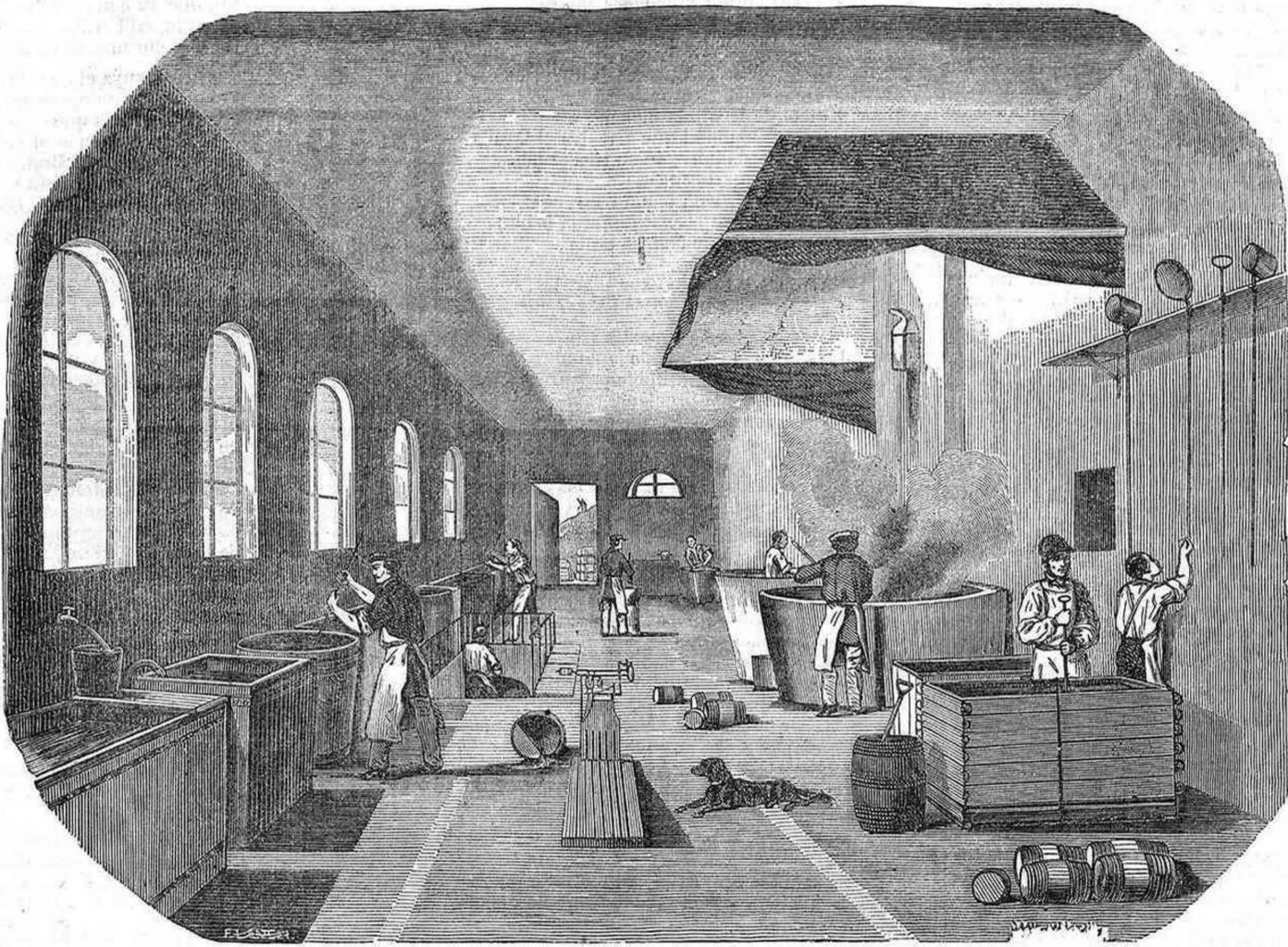
La crema de la duquesa, que conserva los cabellos en un perfecto estado de salud, dándoles lustre y brillantez, es una acertada mezcla de vainilla sin color, y de una congelación de los más puros aceites.

La thymeliana, fluido sumamente puro, nutre los cabellos con su principio tónico, y destruye sensiblemente la caspa, que las más de las veces perjudica al desarrollo de los cabellos.

La crema de manteca de cacao, composición nutritiva y generosa que da elasticidad y fuerza al pelo aumentando su volumen, se usa con buen éxito para precaverse de las canas.

La pomada de violetas de Niza, combinación de tuétano de vaca puro, líquido, mezclado con sustancias fortificantes, produce los mejores efectos para precaverse de la alopecia y de las canas. Sobre todo las señoras deben servirse frecuentemente de ella después de los alumbramientos, á fin de evitar la caída del pelo.

Hablaremos también de las preparaciones odontológicas y



muy fina. Estos polvos se insinúan en los poros de la piel, la refrescan, la suavizan, la limpian perfectamente y le quitan el exceso oleaginoso que el cold cream deja aparecer en el cutis demasiado delicado.

Los polvos de arroz tienen además la ventaja de comunicar á la tez una ligera transparencia de su blancura.

La acetina de tridacio, vinagre para el tocador reco-

miendo por las celebridades médicas de París, es una preparación enteramente vegetal, con base de tridacio, la cual no tiene ninguno de los inconvenientes de ciertos vinagres de tocador, tan abundantes en el comercio de la perfumería, y cuyo uso es perjudicial demasiado frecuentemente.

Este nuevo cosmético no es una de esas panaceas universales que diariamente vemos ponderar, y con las cuales se sorprende con tanta desfachatez la buena fé y la credulidad pública. La acetina de tridacio, bajo la protección de las celebridades médicas de París, está destinada especialmente para las señoras, para los colegios de señoritas y para las madres de familia. Reemplaza con verdadera ventaja á todas las aguas espirituosas para el tocador, sin temor de esos perfumes ásperos, duros ó aromáticos que dejan las preparaciones de este género.

Por el contrario, esta composición, cuyo olor es suave y pasajero, no ejerce sobre el cutis acción alguna incómoda; no lo abre, no lo endurece, ni hace salir granos ni barros; pero posee todas las propiedades del tridacio, y comunica también al organismo en general sus principios suaves y calmantes.

Citaremos también los extractos de olores para el pañuelo, y las esencias de flores para perfumar las habitaciones.

Las flores más esquisitas por su perfume, las plantas más abundantes en aroma, y los bálsamos más olorosos, sirven para la composición de estas esencias florales. Una ó dos gotas en un pañuelo bastan para estender sus suaves emanaciones. Son muy recomendadas en la época de las soirées de invierno, para los gabinetes y los salones. La suave frescura de su olor impregna la atmósfera de deliciosas emanaciones. Estos olores son el scotia-flora, el volcameria, el bouquet ó ramillete del Westend, las flores de mayo, la esencia de ramillete, la flor de melocoton, el geranio príncipe de Orange y la violeta de Parma.

Las preparaciones para conservar y hacer crecer el pelo no son menos recomendables.

La crema de la duquesa, que conserva los cabellos en un perfecto estado de salud, dándoles lustre y brillantez, es una acertada mezcla de vainilla sin color, y de una congelación de los más puros aceites.

La thymeliana, fluido sumamente puro, nutre los cabellos con su principio tónico, y destruye sensiblemente la caspa, que las más de las veces perjudica al desarrollo de los cabellos.

La crema de manteca de cacao, composición nutritiva y generosa que da elasticidad y fuerza al pelo aumentando su volumen, se usa con buen éxito para precaverse de las canas.

La pomada de violetas de Niza, combinación de tuétano de vaca puro, líquido, mezclado con sustancias fortificantes, produce los mejores efectos para precaverse de la alopecia y de las canas. Sobre todo las señoras deben servirse frecuentemente de ella después de los alumbramientos, á fin de evitar la caída del pelo.

Hablaremos también de las preparaciones odontológicas y

de los dentífricos, mejorados de un modo muy importante por Mr. Violet.

Los polvos dentífricos Violet no se parecen en nada á todos los específicos que la moda adopta y abandona consecutivamente. Sus efectos son siempre los mismos, porque su composición es siempre idéntica. Para que puedan apreciarse las ventajas de este dentífrico, basta decir que su base, enteramente vegetal, precave de las afecciones de dientes, como la alteración del color, la caries, la alteración del esmalte, y además su perfume deja en la boca una frescura exquisita.

El *elixir dentífrico Violet* llega también muy oportunamente para destronar una multitud de aguas maravillosas que irritan el olfato, así como los prospectos que las acompañan irritan la razón.

Este *elixir* está compuesto con sustancias tónicas y anti-escorbúticas, las cuales así como los polvos tienen por objeto precaver y curar de las caries. El uso simultáneo de los polvos y del *elixir* establece su homogeneidad y tiene la propiedad de neutralizar el principio acrimonioso de los humores de la boca, que son siempre la causa de la alteración de los dientes.

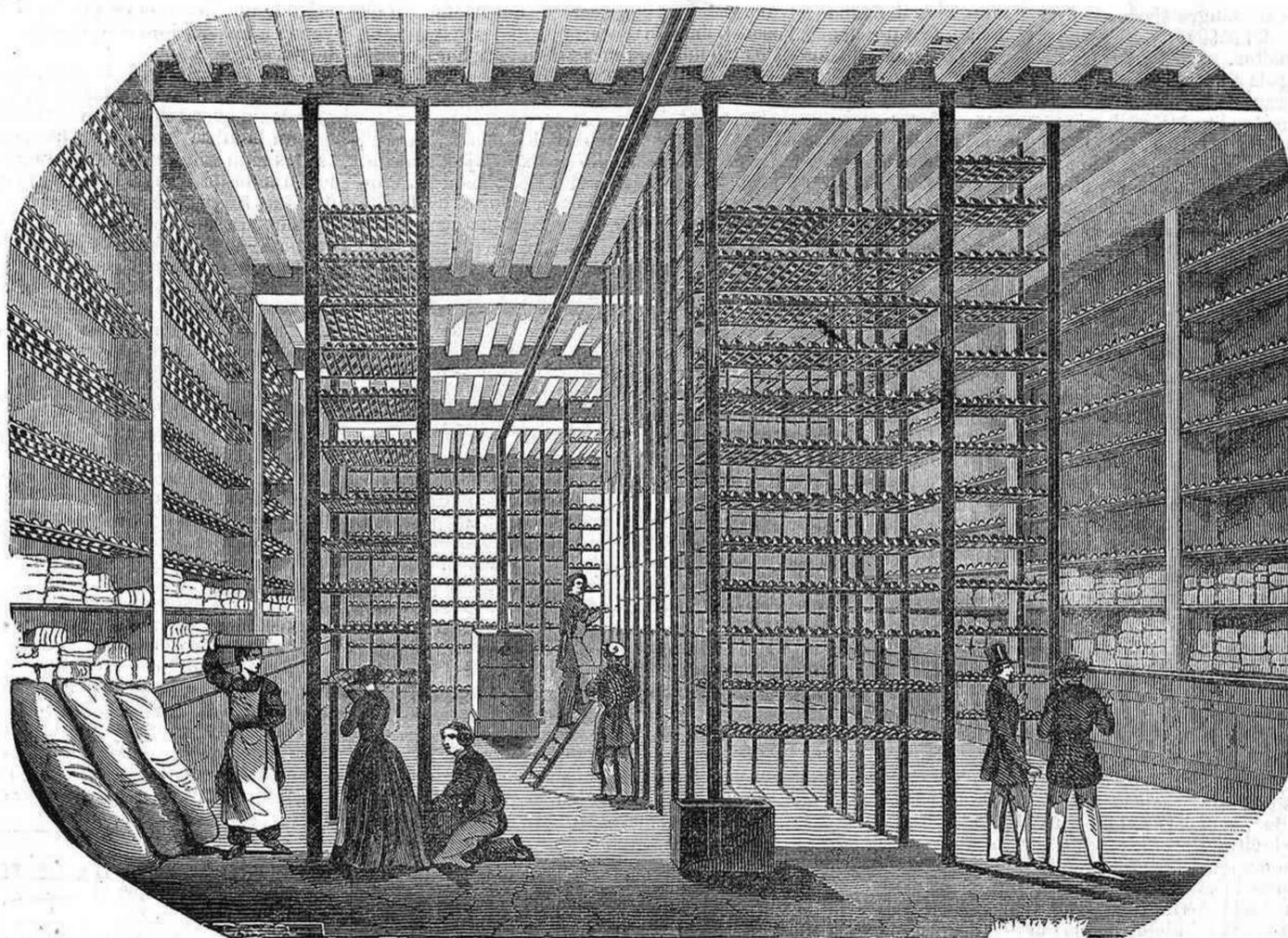
Estos diferentes productos, escepcionalmente superiores, han despertado la codicia de los falsificadores, y aprovechamos esta ocasión que se nos proporciona de hacer conocer esta casa á sus nuevos apreciadores para prevenirles que habiendo Mr. Violet hace poco tiempo tenido la honra de ser nombrado proveedor de S. M. la Reina Doña Isabel II, es el único que tiene el privilegio de poner en todos sus artículos las armas de España, por consiguiente todos los productos que no lleven el sello de armas de la Reina deben ser desechados como una grosera falsificación.

Los diferentes dibujos que hoy publicamos representan los almacenes y talleres de esta importante fábrica, colocada en primera línea de la industria francesa, y que honra tanto á la nación como al productor. Debemos decir también que el número de personas empleadas en los diferentes talleres y fábricas, tanto en París como fuera de la capital, en donde se halla la fábrica principal de que damos una idea en los dibujos, es de tal manera considerable que mas de doscientas familias viven con el trabajo que se les proporciona en la casa.

No se comprenden en dicho número las personas empleadas en los diferentes depósitos y sucursales que se han establecido, en Londres, núm. 11 Great Castle St. Regent St.—En Berlin, núm. 33, Charlotten Strass.—En Burdeos, en Marsella, en Lyon, en Tolosa, en Bruselas, etc., etc.

Esta casa, desdeñando toda idea de competencia, tiene el mayor gusto en hacer visitar sus fábricas y talleres á todos los extranjeros que llegan á la capital de Francia.

El nombre de Violet goza de una estimación tan justamente merecida, por la escelencia y superioridad de sus productos, y se encuentra tan ampliamente recompensado por la preferencia que le conceden los consumidores apreciadores, que se considera como muy feliz siempre que puede ma-



nifestar su gratitud á los honorables extranjeros que le favorecen con sus visitas.

LOS VIAJEROS MODERNOS,

(Conclusion.)

Así lo dice Mr. Eutlaff, y no hay razon para poner en duda

París conserva veinte y cuatro volúmenes de poesías compuestas por este ilustre príncipe. Mr. de Remusat, el sabio orientalista, cita á Khian-Loung como uno de los mas inteligentes, de los mas hábiles soberanos que han ocupado el trono de la China.

A pesar de su habilidad se engañó, sin embargo, en el último, en el mas importante acto de su voluntad. Escogió para sucesor á aquel de sus hijos que acaso

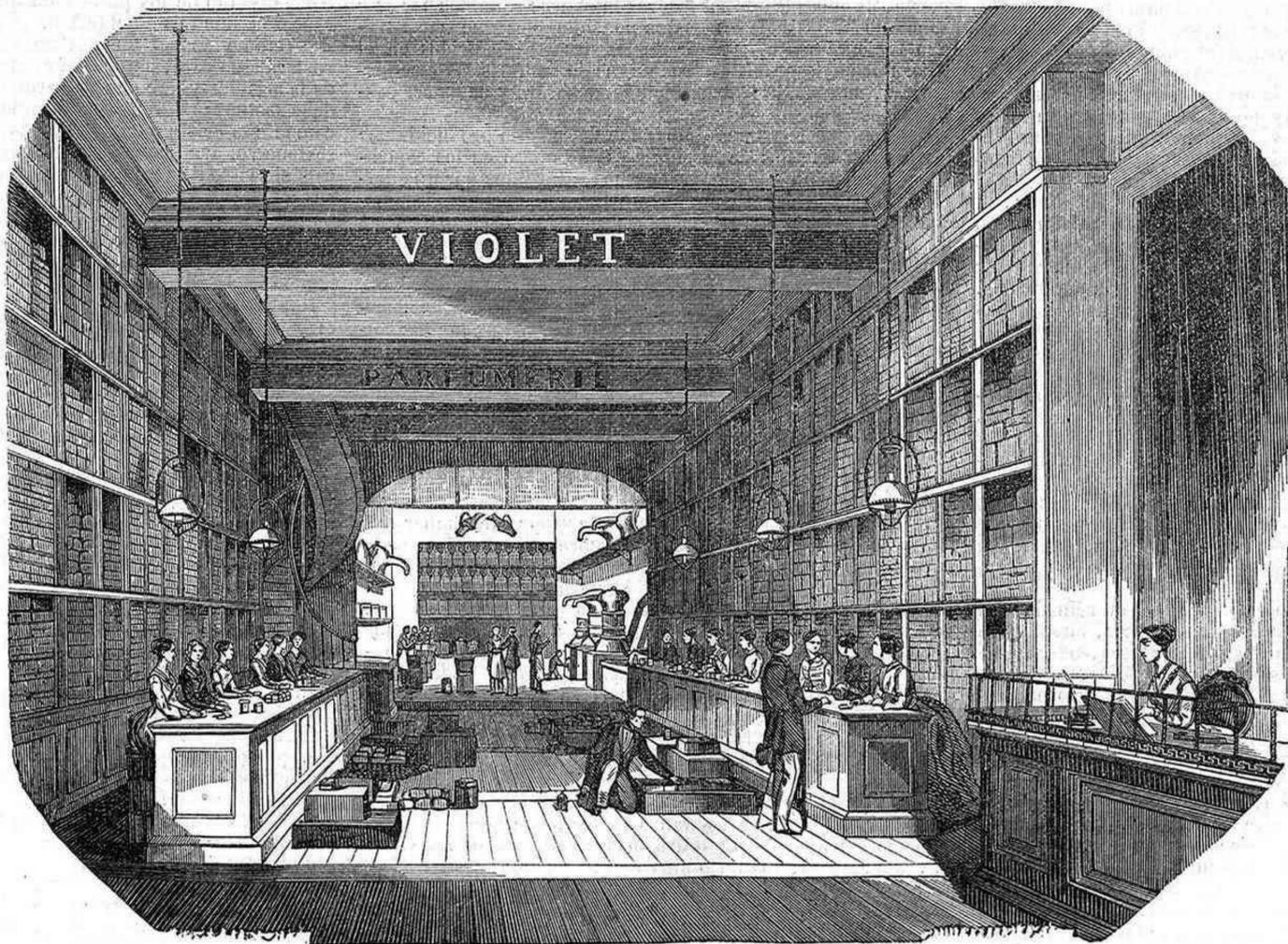
medio de la suprema quietud de sus abuelos. Los hijos del cielo se ven obligados á bajar la vista á un gran número de exigencias terrestres; los herederos de un cetro despótico se ven en la necesidad de conciliar el imperio de este despotismo con las tendencias vagas todavía, pero, activas, de un movimiento liberal.

La biografía de Tao-Kouang, referida por Mr. Gutzlaff, nos ofrece una imagen de los obstáculos que entorpecen hoy el pleno ejercicio del poder en China, luchas que el último emperador se ha visto precisado á sostener, calamidades públicas á que ha tenido que poner remedio, y la herencia difícil que ha legado á su sucesor.

Khian-Loung, abuelo de este emperador, era un hombre de un talento muy claro, de carácter firme y de una rara actividad. Hizo grandes obras de utilidad pública, y agregó á su imperio muchos estados por gloriosas conquistas. Después de un reinado de sesenta años, abdicó el imperio como otro Diocleciano, feliz con consagrarse á las letras, á las que siempre habia dado culto los días de su vejez. La Biblioteca Nacional de

era el menos apto para tan pesada carga. Indolente y presuntuoso, se empenó en guerras que no supo dirigir, y fué causa de que surgiesen contra su trono rebeliones con las cuales tuvo necesidad de transigir.

El respeto que le imponía su padre sirvió de freno por algunos años á sus malas inclinaciones; pero desde que el ilustre anciano murió, Kia-King se abandonó completamente á sus instintos de molice y sus trasportes voluptuosos. Los venerables consejeros de Khian Loung fueron separados de la corte, unos después de otros, y reemplazados por una juventud corrompida. A las graves y nobles reuniones de otro tiempo, sucedieron las tumultuosas orgias y las mas lúbricas bacanales. El palacio se llenó de concubinas, y los eunucos eran los principales personajes. Para seguir esta vida de desórdenes era menester dinero: guerras desastrosas y algunos años de escasez habian agotado el tesoro, y Kia-King lo llenó por medio de arbitrariedades atroces. De un solo golpe recogió un botín inmenso. Cerca del palacio vivia uno de los ministros favoritos de su padre, hombre de muy alta distincion, que sólo por su mérito se habia elevado á los mas altos destinos, y que acaso con mano poco delicada habia reunido una gran fortuna. Esta misma fortuna fué causa de su desgracia; Kia-King lo condenó á muerte, y le arrebató á él y á su familia la fabulosa suma de ochenta millones de taels (2,000 millones de reales). Con esta adquisición podia el joven emperador entregarse á toda clase de placeres, y así lo verificó. Lo



este aserto de un hombre que ha pasado largos años en China, y que ha hecho un gran estudio de este pais. Se ven allí, bajo el prestigio todavía omnipotente del régimen absoluto, un torrente de pensamientos demagógicos, semejante á esas corrientes de agua caliente que hierven sobre un suelo tranquilo y risueño en su superficie, no pudiendo al presente los soberanos de este inmenso territorio prometerse reinar en

cion, que sólo por su mérito se habia elevado á los mas altos destinos, y que acaso con mano poco delicada habia reunido una gran fortuna. Esta misma fortuna fué causa de su desgracia; Kia-King lo condenó á muerte, y le arrebató á él y á su familia la fabulosa suma de ochenta millones de taels (2,000 millones de reales). Con esta adquisición podia el joven emperador entregarse á toda clase de placeres, y así lo verificó. Lo

montones de oro manchados de sangre sirvieron para reanimar las desordenadas fiestas del palacio, y atrajeron á él nuevos aduldos y nuevos parásitos.

En aquella corte, entregada á los mas bochornosos estravíos, Meening, el futuro sucesor de Kia-King, se mantenía en reserva, huyendo de las orgías de su padre, evitando asimismo, ya por una disposición particular al retiro, ya por prudencia, mezclarse en el manejo de los negocios, pasando los días solitariamente en la caza ó en ejercicios de equitación. Los cortesanos se burlaban de él, mirando su reserva como un indicio de debilidad. Pero un suceso vino á demostrar que colocándose fuera de las agitaciones del palacio, obraba con suma prudencia. Un día fué asaltado Kia-King yendo en su silla por dos asesinos, y no se salvó sino por la pronta intervención de una tropa de eunucos. En el exámen jurídico de esta tentativa de asesinato, descubrieron los jueces que estaban comprometidos en el complot altos dignatarios y los príncipes de la familia real. Kia-King, que apreciaba demasiado los gozes de la vida, no era hombre que perdonase á los que habían querido privarle de ellos. Los corazones fuertes son generosos. Tienen en la conciencia de su fuerza el sentimiento de su seguridad. Los corazones débiles llegan á ser fácilmente crueles. Los espanta el peligro, y la venganza tranquiliza su debilidad. Kia-King se ensañó cruelmente con los miembros de su familia, los proscibió, los de-terró, fuesen verdaderamente culpables ó simplemente sospechosos. Solo el prudente Meening permaneció libre de toda sospecha.

Algun tiempo después tuvo la suerte de salvar á su padre de una segunda tentativa de asesinato, matando él mismo á dos asesinos que habían penetrado en el harem. También se descubrieron á altos personajes complicados en este nuevo atentado, y Kia-King prosiguió con encarnizamiento el curso de sus persecuciones; luego, para recompensar á Meening por su valor, lo declaró por un acto público heredero de la corona. En sus últimos momentos, sin embargo, revocó esta disposición. Por un escrúpulo singular, él, que había consagrado la mayor parte de su vida á las mugeres de su harem, y llenado su palacio de los hijos que estas le habían dado, quería poner en lugar de Meening, nacido de una de sus concubinas, al hijo que tenía de un matrimonio legítimo. Pero este niño era todavía de muy corta edad, y la emperatriz, mas solícita por el bien público que por sus propios intereses, defendió los derechos de Meening, y contribuyó poderosamente á colocarlo en el trono. Por un rasgo de su reconocimiento, el joven príncipe, que había perdido á su madre, adoptó á aquella generosa muger por madre, la dió el título de emperatriz viuda, y durante toda su vida la tributó las mayores muestras de respeto.

A su advenimiento al trono, Meening, segun la costumbre establecida en China hace muchos siglos, debía tomar otro nombre. Este es un grave asunto que los astrólogos resuelven combinando la relacion de los caracteres de este nuevo nombre con la posición de los astros, y sobre el cual el consejo imperial delibera después de un detenido exámen. Después de todo este imponente trabajo, se decidió que el emperador tomara el título de Tao-Kouang, que significa Luz de la razón. Los asiáticos usan pomposas denominaciones, que muchas veces no convienen con la realidad.

Tao-Kouang no tenía ni los hábitos viciosos ni las ardientes pasiones de su padre; pero estaba dominado por otro defecto peligroso, así para él como para sus súbditos: era avaro. Fiel observador de las costumbres chinas, á la muerte de Kia-King se vistió un saco, se retiró á una cueva como un anacoreta, para llorar allí oficialmente la muerte de un soberano que sin duda sentía muy poco, para pasar en un retiro muchos días, no alimentándose, al menos en apariencia, segun las leyes de la etiqueta, sino con arroz y agua, y abandonando el cuidado de sus negocios á sus delegados.

Luego que hubo cumplido estas exigencias del duelo, su primer acto al tomar posesion del poder fué purgar la mansion imperial de una legion de mugeres, eunucos, cómicos, y bufones, que por espacio de mucho tiempo lo había hecho resonar con el tumulto de sus orgías y el ruido de sus escándalos. Para dar él mismo el ejemplo de la continencia, se redujo á no tener otra muger que aquella con quien se había casado, á la que dió el título de emperatriz. Se señaló también desde los primeros días de su reinado por su manselumbre para con aquellos que lo habían ofendido en vida de su predecesor. Mandó sacar de las prisiones y levantó el destierro á los miembros de su familia y altos dignatarios víctimas de las desconfianzas y terrores de Kia-King. Por último, formó poco á poco un nuevo consejo, sin perseguir á los funcionarios que cesaban, á los cuales solo invitaba á retirarse, lo que apreciarían mucho, pues al advenimiento de otros emperadores, los ministros y gobernadores no dejaban sus destinos sin quedar sometidos á una informacion, y condenados á dar al tesoro una buena parte de su fortuna.

Esta manera generosa de dar principio á su reinado, era tanto mas meritoria por parte de Tao-Kouang, cuanto que pudo, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, pescar con dobles anzuelos grandes sumas en las aguas turbias de la administracion, y ansiaba el dinero, no para emplearlo en costosas obras, ó para gastarlo en pomposas fiestas; lo quería para tenerlo entre sus manos. Muy pronto se manifestó este amor de avaro de tal suerte, que sus cortesanos, en su cualidad de tales, se apresuraron á celebrarlo y se esmeraron en hacerle buenos y sólidos presentes. Pero no bastándole estas benévolas ofrendas, recurrió para aumentar su tesoro á medios que la severa moral de Confucio hubiera condenado, y que su cetro imperial defendía como una égida.

Recurrió á los tributos arbitrarios, á las multas, muchas veces poco justificadas, pero muy lucrativas. A uno de los altos funcionarios le imponía la reparacion de un palacio, á otro el cuidado de un jardín: tasaba las fortunas, y por una falta real ó aparente les imponía fuertes tributos. No habiendo gozado en vida de su padre sino de una pension muy módica, y habiéndose habituado á desear de su espíritu todos los caprichos del lujo, se había reducido á no experimentar mas que la estéril admiracion del oro, y al presente se deleitaba en la contemplacion de sus henchidas gabetas.

Una razon de bien parecer, que en las costumbres chinas tiene toda la gravedad de una imperiosa ley, obligó, sin embargo, á Tao-Kouang á gastar una parte de las sumas que había reunido con tanto ahinco. Segun las costumbres imperiales, debía visitar las tumbas de sus antepasados en el pais de

los Mandchoux, y no podía verificar esta peregrinacion sin un aparato dispendioso. Habiendo determinado los astrólogos, después de detenidos cálculos, el mes, el día, la hora propicias para esta piadosa resolucion, Tao-Kouang partió con un séquito numeroso; dos mil camellos fueron necesarios para llevar su equipaje; y como había que atravesar un terreno desierto, se construyeron casas á ciertas distancias, para él, como se hizo para la magnífica Catalina en su viaje á Crimea.

Después de un largo viaje llegó á Mukelen, pequeña ciudad, célebre por los sepulcros de los emperadores de la dinastía tártara, y constantemente ocupada por una guarnicion numerosa, cuyo deber único es guardar aquella mansion de los muertos. Tao-Kouang, despojándose allí de sus vestidos imperiales, se acercó á los mausoleos como un humilde peregrino, y se arrodilló con respeto delante de los huesos de sus abuelos. Luego repartió entre los nobles habitantes de Mukelen memorables beneficios: á unos dió nuevos títulos, á otros dinero; los mas felices fueron los que recibieron la pluma de pavo real, signo supremo de distincion.

Este viaje le había costado muy caro, y á su vuelta á Pekin fatales circunstancias le obligaron á hacer una nueva brecha á sus tesoros. Estalló una rebelion entre los usbecks. Para sofocarla tuvo que enviar un ejército cuyo costo no bajaba de dos millones y medio de reales al día. Se necesitaban diez mil camellos para llevarle las provisiones á su paso por una region muy árida. No habiendo podido obtener este ejército una victoria decisiva, Tao-Kouang empleó los medios de seduccion, el dinero, este nervio de la intriga, y llegó á disolver las bandas de los rebeldes, haciendo que le entregasen traidoramente á su jefe, que fué conducido á Pekin y desuartizado. No bien se hubo terminado esta lucha, cuando hubo necesidad de sostener otra con los habitantes del Turkestan; luego otra con las tribus de montañeses, que en sus desfiladeros burlaban los esfuerzos de los oficiales de Tao-Kouang, como Schamly burla los del czar en las gargantas del Cáucaso. También esta vez recurrió el emperador á la corrupcion, despertó el deseo de los jefes de la rebelion, y compró la paz á precio de oro, como en otro tiempo los sucesores de Carlomagno la compraban á los piratas normandos.

Casi al mismo tiempo, una inundacion asoló la ciudad de Namkin, y el hambre se cebó cruelmente en la numerosa poblacion de la capital. Luego sobrevino la guerra con los ingleses, guerra funesta, cuyas consecuencias, cuando estalló, estaban lejos de calcular los chinos. En su orgullo, no hablaban sino con desprecio de aquellas cohortes de bárbaros: juraron aniquilarlos, y á las primeras señales de hostilidades, el mismo emperador escribió una carta llena de orgullo á la reina Victoria. Pero cuando vieron que la escuadra inglesa se adelantaba impávida por el rio de Canton, destruía los baluartes que se creían inespugnables, dispersaba las tropas invencibles del celeste imperio, y hacia resonar á lo lejos con sus terribles cañones la última razon de los reyes (1), el terror de sus armas se estendió por todas partes y llegó hasta el palacio imperial. Asombrado Tao-Kouang, hizo sus preparativos para retirarse al interior del país, y en la turbacion que lo agitaba, en la precipitacion de sus medidas, se dejó robar la suma enorme de nueve millones de libras esterlinas, cuyo rastro, dice Mr. Gutzlaff, jamás pudo encontrar. Si el hecho es cierto, da una idea de los tesoros inmensos reunidos por este soberano, á pesar de los gastos considerables que había hecho recientemente, á pesar de los desastres sufridos en el país. Por su desgracia estaba, en medio de todas las circunstancias, poseido de la necesidad de atesorar, y debía ser castigado por ello.

Después de la primera impresion de espanto producida por los rápidos triunfos de los ingleses, se operó en los espíritus una reaccion notable. Los chinos, aturridos por una derrota que, en su presuncion nacional, les había parecido siempre imposible, salieron de su estupor, y proclamaron las ideas mas belicosas. Si los buques bárbaros que iban, segun decían, á bloquear sus puertos, eran de un tamaño desmesurado, el país que los armaba no era mas que una pequeña isla, situada en un extremo del mundo, y no podría costearlos por mucho tiempo en sus mares. Ya, para concluir con estos bárbaros atrevidos, proyectaban establecer en los mares de China y del Japon un vasto crucero que detuviera y capturara todos estos buques. Ya en sus curiosas nociones geográficas formaban un estravagante plan de batalla. Hablaban muy seriamente de enviar por el norte del imperio, por la Siberia y la Rusia, un ejército de trescientos mil hombres que fuera derecho á poner en razon á la reina Victoria. Exaltándose con la perspectiva de estas gigantescas operaciones, intentaban construir buques de vapor para luchar con los de los ingleses, y un general célebre por su valor, propuso construir uno que pudiese contener seis mil hombres. Pero, á pesar de su paciencia y de su maravilloso talento de imitacion, los chinos, después de haber construido barcos de vapor que, por su parte exterior, se asemejaban mucho á los buques ingleses, no pudieron llegar á poner uno solo en movimiento. La materia estaba allí; pero no habían podido descubrir el genio que anima á la materia.

En tanto que todas estas bellas concepciones ocupaban al consejo del imperio, los ingleses proseguían su marcha, demoliendo fortalezas, apoderándose de nuevos puntos, y aproximándose cada vez mas á la capital. Tao-Kouang, reconociendo al cabo el error á que lo habían conducido tantos inútiles proyectos, tantas vanas fanfarronadas, y el peligro á que lo esponía una tentativa mas prolongada de resistencia, pidió la paz, y la pagó muy cara.

El tratado de Nankin fué para los chinos un golpe funesto. Jamás se hubieran imaginado que el sublime emperador, el hijo del cielo, pudiera reducirse á hacer una composicion con bárbaros, y uno de los hombres mas eminentes de Pekin se mató de desesperacion al saber esta noticia. La guerra había hecho salir del tesoro muchos millones de taels; la paz se compraba también por muchos millones. A pesar del cuidado que Tao-Kouang tenía con su oro, lo veía derretirse entre sus manos como la cera. A consecuencia de estos gastos extraordinarios, se recurrió á la venta de los destinos públicos, se redujeron los gastos mas necesarios, y la marina del Estado cayó en tal abandono, que un día se vió en la impotencia de

(1) *Ultima ratio regum.* Esta divisa se veía en otro tiempo en Francia grabada en muchos cañones.

resistir una invasion de piratas. Los buques ingleses, sustituyendo á los del imperio, espulsaron de sus costas á los filibusteros.

Tao-Kouang murió en 1850, contando por las calamidades la mayor parte de los años de su reinado. Su avaricia le cegó mas de una vez sobre sus verdaderos intereses. Sin embargo, era un hombre instruido y humano. Merece ser contado entre los emperadores mas honrados de la China, y fué uno de los mas desgraciados. La historia presenta mas de un ejemplo de estos reyes, que parecen, á pesar de sus cualidades, condenados á espiar los vicios de sus antepasados, segun la sentencia de la Escritura: «Que los crímenes de sus padres serán perseguidos en sus descendientes hasta la tercera y cuarta generacion.» Tal fué la suerte de Tao-Kouang.

Acaso al advenimiento al trono de su hijo Kienkung (grande abundancia), empezará para el celeste imperio una nueva era. La Europa se ha acercado á esta apartada region por los barcos de vapor; la Europa ha puesto el pié en aquella tierra, cuya entrada le fué por tanto tiempo prohibida, y la ciencia europea destruye en los nuevos parajes donde penetra las preocupaciones inveteradas, y se fija en ellos como un elemento de regeneracion.

Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres.

Schiller, célebre poeta alemán, muerto en 1805, gustaba tanto del jamon, que comía de él casi todos los días, y no obstante esto, bebía poco.

Napoleon, muerto en Santa Elena 1821, solo daba preferencia al café: tomaba hasta veinte tazas al día, y no estaba nunca enfermo. Los demás placeres de la mesa le eran indiferentes, de modo que su secretario interino Mr. de Cassy, gastrónomo muy celebrado, se ha quejado toda su vida de que faltase al emperador la aficion por la mesa, lo que le obligaba á decir que el hombre mas grande no puede ser completo.

REVISTA DE TEATROS.

Vosotros los que vivís en provincia y os llamais dichosos cuando lograis tener una mala compañía de verso, venid á la corte y encontrareis seis teatros donde escoger: si venís por recreo, de seguro os recreareis destinando antes algunos pesos para espectáculos: si pertenecéis á la afligida clase de cesantes, y vuestro viaje tiene por objeto salir de ella, tened presente que aunque no queráis os incitarán seis carteles de colores variados, en los que leereis el anuncio de otras tantas funciones: si venís comisionados por alguna empresa ó ayuntamiento para promover la concesion de algun ramalito de ferro-carril, no os olvidéis de presuponer una partida para teatros, ó procurad traer letra abierta, que es lo mas seguro, y así podreis representar dignamente á vuestros comitentes. Para representarlos bien es indispensable que se os vea en todas partes, y uno de los puntos en que mas puede lucir vuestra representacion es en el teatro.

Venid y tomad una butaca en el TEATRO-REAL, que os costará algo cara, pero al fin es el primer teatro, es el teatro de la aristocracia, como vulgarmente se dice: es el teatro que debe sostener la grandeza, pero no vayáis á creer que es únicamente la aristocracia la que lo sostiene, si es que llega á sostenerse. La noche que falta la gente que no es grande, está el teatro desierto, y hasta lo que se llama grandeza toma sus localidades para turnar entre dos ó tres familias, porque no todas las grandezas dan para grandes gastos.

Si hubierais venido á tiempo hubierais visto *Los dos Foscari* y *La Semiramis*, en cuyas óperas han sido muy justamente aplaudidos la Novello, la d'Angri, la Cappuani, Colletti y Roppa: también hubierais visto á la Fabri-Brettin, primera bailarina, que reúne á una figura agradable mucha soltura y firmeza. También hubierais oido cantar *El Hernani*, con acompañamiento de ciertas muestras de disgusto, vulgo silba.

Si quereis verso teneis el PRÍNCIPE, donde Romea acaba de obtener un triunfo bien merecido en el papel de Cristóbal Colon, del drama *Isabel la Católica*. Al lado de Romea figura la Palma, actriz de talento, que sin grandes pretensiones y solo á ruegos de la empresa se encargó del papel de la reina Isabel, alcanzando un éxito muy lisonjero.

Concluidas las representaciones de este drama se pondrán en escena dos comedias nuevas, originales: *La Reina de las flores*, de la señora Avellaneda, y *Tres al sacco*, del señor Rubí. Con estas alternarán dos piececitas, tambien nuevas: *Economías* es el título de la una, y el de la otra *El chal verde*.

En VARIEDADES se ha vuelto á representar *El viejo y la niña* y *El anillo del rey*. En este drama ha hecho su primera salida Doña Mercedes Buzon, joven actriz que ha logrado muy buena acogida, porque además de tener excelentes maneras, dice bien y sabe sentir.

También se ha presentado un nuevo gracioso, el señor del Rio, que goza de gran reputacion en los teatros de provincia. El señor del Rio es un buen actor; pero cuando hace sainetes, que es su terreno favorito, no le bastan las gracias que pueda tener el papel, sino que quiere aparecer doblemente gracioso, diciendo todo lo que él cree que puede hacer gracia; pero en esto es muy fácil equivocarse. Conténgase un poco el señor del Rio para no ser chocarrero.

Esta noche se pondrá en escena el drama nuevo del señor Breton, *El valor de una muger*, de cuya produccion nos ocuparemos á su debido tiempo.

En el Circo se ha reforzado la compañía, ajustando nuevas partes; pero la zarzuela está todavía en mantillas; así es que el público tiene que asistir á este coliseo, dispuesto á ser muy tolerante, sabiendo que la mayor parte, si cantan bien representan mal, y viceversa, si son actores regulares, no conocen una nota. Con estos dos contrastes la tolerancia del público es oportuna y aun necesaria. Se ha cantado últimamente la zarzuela *El secreto de la reina*. El libreto vale poco, pero la música es buena: hay cantos muy bellos que fueron muy aplaudidos. La música es de los señores Gaztambide, Hernando, é Izenga. La Moreno tiene una excelente voz, y ha sido

aplaudida. También la Soriano ha logrado una acogida favorable, Caltañazor decide bastante del éxito de esta zarzuela.

Se abrió el TEATRO-FRANCÉS y sufrió una derrota inesperada; y por si no bastaba una derrota, el primer actor Mr. Daiglemont hizo cuanto pudo porque hubiese una segunda desairando al público y siendo causa de que el gobierno le prohiba volver á presentarse en escena, obligando además á la empresa á contratar actores de mas mérito. Se han representado últimamente algunos *vaudevilles* que han calmado algun tanto el disgusto de los abonados, pero esta calma durará poco si no contrata á algun actor notable.

Si entendiéis el francés debéis asistir á este coliseo, y aunque no lo entendiáis también debéis ir. Consolaos con que son muchos los que van todas las noches y no lo entienden.

El teatro que lleva lo peor de la jornada es el del INSTITUTO, y no porque deje de hacer los mayores esfuerzos por llamar la atención del público, sino porque forma en última fila, y cuando el público llega á él lleva ya vacíos los bolsillos. Además de la seccion de verso cuenta este teatro con una seccion de baile capitaneada por la graciosa Pepa Vargas, capaz de vencer al público mas respetable. Una piececita han representado últimamente titulada *Los calzados de Trafalgar*, que pudiera muy bien el traductor haberla dejado en Francia sin empeñarse en darnos á conocer sus bellezas.

En cuanto á baile nada se diga: *El Vito, El Ole, La sal de Jesus, La de Maria Santissima* y todas las sales conocidas nos las presenta la Vargas á gusto del público.

Con que ya veis no es posible mas diversiones ni mas variedades. Música seria, música risueña, dramas, comedias, sainetes, baile serio y baile jocoso.

Venid á la corte y las empresas os lo agradecerán. El cuadro no puede ser mas encantador.

Si esto no es un eden, venga Dios y véalo.

LA PERLA DEL TURIA.

Por Francisco J. Orellana.

(Conclusion.)

—Y tuvo V. valor para eso, interrumpió la condesa, siendo tan calavera y amándola tanto?

—Señora, tal vez ahora no merezcan perdon mis calaveradas: siendo tan cruel la historia de la que amo, debería yo haber buscado el retiro de un cenobita. ¿No es verdad que es imperdonable mi conducta?

—No señor, repuso la condesa: esa conducta es heroica, y ahora estimo á V. mas que antes de conocer la causa de sus locuras. Pero, en fin...

—Hice lo que había pensado: se escribió á Valencia la funesta noticia, para que lentamente fuese comunicada á D. Julian; y al poco tiempo, la triste víctima de la vanidad fué entregada á su familia por una señora que viajaba por distraccion, y casualmente venia entonces á España.

Yo entre tanto hice indagaciones, y supe que Farini, á quien todavía me figuraba príncipe, debía haber marchado á Italia. Corrí en su seguimiento, pero fueron vanas todas mis pesquisas. En Nápoles me dijeron que no existia ningun príncipe de Farini, pues el último poseor en línea recta de aquel título, había muerto soltero hacia diez años, hallándose al servicio del emperador de Rusia, con el empleo de coronel. Pregunté por sus parientes, y supe que los tenia en Ferrara. Fuí allá, y los hijos de una prima del difunto príncipe me informaron perfectamente. El marido de Cándida se llamaba Paolo Smezzi: había sido ayuda de cámara de aquel personaje, y hallándose á su lado cuando murió, se apoderó de todos sus papeles, y con ellos había pasado en España por príncipe y coronel. No supieron decirme si era casado ó soltero, aunque se inclinaban á creer lo segundo.

Cuatro años pasé corriendo inútilmente, hasta que convencido de que el hombre rara vez encuentra lo que busca si la casualidad no le ayuda, volví á España. En tan poco tiempo grandes trastornos se habían efectuado en casa de Cándida. Doña Petra, la madre de esta, murió de sentimiento á los quince dias de abrazar á su hija. D. Julian perdió el juicio el mismo dia. La amable Adelaida hacia dos meses que estaba casada con mi amigo Elias, el cual tomó á su cargo el manejo de la hacienda. Cándida vivia retirada en su gabinete de artista de la quinta, donde la vi la primera vez, y no se trataba con nadie mas que con su hermana y su cuñado. Después, el virtuoso D. Julian ha muerto loco.

V.

Premio y aproximación.

Ocho dias después de aquel en que Florencio contó la anterior historia, le encontré una mañana en la calle de la Luna y me dijo:

—Me alegro de verte, ¿tienes que hacer?

—No, le conteste; ¿qué quieres?

—Ven conmigo.

—¿Adonde?

—A la lotería.

—¿Te ha tocado?

—Todavía no he visto el número que tengo; pero lo llevo aquí: ven conmigo, me ayudarás á traer el dinero.

—¿Has reparado dónde estamos? le pregunté riendo.

—Sí, en la calle de la Luna.

—Y á cuál vamos?

—A la del *Desengaño*.

—Pues haz cuenta que por esas dos calles suelen andar casi todos los jugadores.

—Pés, profirió, *Le nom ne fait rien á la chose*. Acompáñame y te doy parte.

—No me parece mal la traduccion, contesté, y seguí con él por la calle de la Luna.

No hay nada mas contagioso que el amor al dinero.

Al entrar en el despacho de loterías, vimos al administrador que estaba contando dinero, el cual levantó la cabeza, y reparando en mi amigo le dijo:

—Aguardaba á V.

—¿De veras! exclamó Florencio.

—Tan de veras, como que estoy contando diez mil duros para V.

—¿Que me han tocado?

—Justo.

—¿Y cómo lo sabe V.?

—Porque acabo de pagar igual cantidad por medio billete, compañero del que V. tiene.

—Voto al diablo! exclamó Florencio sin pensar en el dinero... ¿Con que ha cobrado ya! Y yo que esperaba...

—Sí señor, repuso el lotero: hará un cuarto de hora que estubo aquí la dama de aquella noche... todavía me rio de la ocurrencia.

—¿Pero no sabemos quién es?

—Sí señor: es persona muy conocida. Aquí ha dejado su tarjeta, para que se la entregase á V. cuando viniese, como una muestra de gratitud por el premio que ha ganado; pues aseguro que á no ser por V., nunca le había ocurrido la idea de jugar á la lotería. Tome V.

El lotero entregó la tarjeta á Florencio, el cual, después de leerla, me la pasó diciendo:

—¿Qué ocurrencia! Con que era esa famosa bailarina italiana. La haré una visita.

Con efecto, en la tarjeta se leia el nombre de una bailarina que, por aquel tiempo, trastornaba las cabezas de los madrileños.

—Amigo, dije á Florencio, no se puede negar que eres afortunado: tienes premio y aproximación.

—Sí, es verdad; pero esta es la última vez que juego á la lotería.

—¿Por qué?

—Porque esto me anuncia un cambio de suerte: *afortunado en amores...* etc.

Recogimos el dinero y fuimos á dejarle en casa de Florencio, el cual salió en seguida en busca de su compañera de fortuna. Verdaderamente un lazo misterioso los unia; pues los dos habían jugado el uno por el otro, y sin que ninguno de ellos hubiese tenido intencion premeditada de hacerlo.

VI.

Mas aproximación.

Carta de Florencio al autor de esta historia.

«Amigo mio: Las mugeres de teatro son muy diferentes de lo que parecen á la luz de las candelillas. La célebre *signora N...* es muy hermosa, y amable por demás. Pero ¿á quien dirás que he descubierto bajo la apariencia de nuestra *straniera*? ¿Recuerdas que hablé hace algunos dias en casa de la condesa de Villapar de una Dolores, camarera de Cándida, que se eclipsó en París el mismo dia que Paolo Smezzi? Pues aquella Dolores y la *signora* son una misma persona; pero me he guardado bien de revelar el interés que me inspira. Al verla de cerca me sorprendieron desde luego ciertos rasgos de semejanza, y le dije que creia haberla visto en alguna parte; y ella, para cohonestar el paso algo libre de la tarjeta, me ha referido una historia peregrina. Figúrate, que siendo aun muy jovencita, viajó por España con su papá, y estuvo en Valencia, en cuyos elegantes salones me vió algunas veces con especial complacencia, que no ha podido olvidar. Después ha tenido un verdadero placer en recibir mis aplausos en el teatro, donde me ha distinguido y reconocido: lo cual es cierto. La noche que la perseguí no quiso descubrirse á mí, por temor de que la creyese una aventurera, si bien confiesa que estuvo tentada de hacerlo; mas ahora que la suerte parece empeñada en hacer comun nuestro destino, no ha podido resistir al deseo de hablarme, y contarme en el número de sus amigos. ¿Entiendes la historia? Todo eso significa que diez mil duros valen la pena de desear el temor de un posible reconocimiento. Por casualidad ha jugado conmigo á medias á la lotería, y pretende obtener el premio entero. La suerte está echada, y merced á mi diplomacia, la *signora* espera ganarla. Seguramente ignora con cuánto empeño he buscado á su amante, y no duda que soy el mas desmemoriado y el peor fisonomista del mundo.

»Durante mi primera visita á la bailarina entró el *signor* Luquino, su esposo, el cual estubo muy atento conmigo. El yo me conoce, pero, aunque los años no han pasado en balde, trabajosamente pude contenerme al verle...

»Tengo un plan soberbio, y cuento con tu amistad para realizarlo: tambien espero que nos ayude el coronel Parra... Necesito devolver al *signor* Luquino la carta del príncipe de Farini, después de tomar de él una venganza sabrosa, en la cual me secundará la *signora*. No te digo mas: adios, hasta la noche. Siempre tuyo,

Florencio.»

VII.

Tres y ninguna persona.

Aquella noche fui á casa de Florencio, á quien encontré con el coronel Parra: me estaban aguardando.

—Ya íbamos á buscarte, me dijo el primero: afortunadamente nos evitas esa molestia.

—¿Qué diablo de plan es ese de que me has hablado esta mañana? le pregunté: ¿qué piensas hacer?

—No precipites los acontecimientos, me contestó: déjalos venir, y aprovéchalos.

—Pero...

—Nada. Ve, oye, y obra en consecuencia. Esta noche hay máscaras en el teatro, donde baila la *signorina*. Yo bailaré con ella: danza tú con quien mejor te acomode; pero no te separes mucho de nuestro amigo Parra, ni me pierdas de vista.

Dicho esto sacó tres disfraces iguales, dió uno al coronel, otro á mí, y guardó para sí el tercero. Eran unas túnicas á manera de dominós, que á primera vista nada tenían de particular; pero Florencio nos hizo reparar en las esclavinas, colocadas de modo que con ayuda de dos cordones de seda, pendientes por delante, se corrian y descorrían á uno y otro lado, como los velos de retablo. Debajo de estas esclavinas había letreros blancos que decian: EL SIGNOR LUQUINO.—ESTE ES FARINI.—ESTE ES PAOLO SMEZZI.—Florencio llevaba el primero de estos rótulos, el coronel el segundo, y yo el tercero.

—Pero qué tramoya es esta? pregunté.

—Voy á enterarte, dijo Florencio. Se trata de desesperar al señor Luquino. Yo te lo daré á conocer, y cada vez que le encuentres en el baile, y lo mismo V., coronel, te colocas á su lado, y tiras del cordon de la derecha: esperas que él dé un repulso, y en el acto, no descuidarse, tiras del cordon de la izquierda, y sigues tu camino.

La originalidad de la idea me agradó, y tanto por esto, como por el deber de servir á mi amigo, acepté con gusto la parte que se me destinaba en la broma contra el señor Luquino. Pasamos un rato ensayando la maniobra; Florencio nos dió mas instrucciones, se proveyó de un tintero, unos papeles y una caja de pistolas, que confió al coronel, y á las doce salimos de casa, encaminándonos al teatro en un coche que al efecto estaba preparado.

Dimos algunas vueltas juntos por el salon, hasta que al cabo de media hora nos dijo Florencio:

—A repartir la parada, señores: ya tenemos ahí á nuestra gente.

Y se dirigió á un extremo del teatro, donde acababa de aparecer una mascarita en traje de valenciana de la huerta, lo mas airosa y linda que imaginarse puede. La acompañaba un hombre alto, rubio, de mirada inquieta y larga barba, que á los pechos le llegaba: contaría este sugeto unos cuarenta y ocho años; pero toda su persona revelaba vigor y fuerza.

—Héle allí, me dijo el coronel al oido; mudado está nuestro príncipe con su barba de capuchino y su grueso vientre; pero no se me despinta. Venga V., nos acercaremos, á ver qué hace nuestro amigo Florencio.

Nos aproximamos de modo que el ex-príncipe y su pareja no nos viesen, y oimos á Florencio que decia:

—Desengáñese V., amigo Luquino, esta valencianita está pidiendo á voces un compañero menos conocido de la gente. Si V. continúa solo con ella, no tardarán en decir: «qué bien sienta el traje de valenciana á la *signora*... No quiero nombrarla: se conoce que está acostumbrada á usar toda clase de disfraces...»

—Te equivocas, máscara, respondió el supuesto Luquino. Esta jóven no es quien piensas.

—Ah! perro! exclamó Florencio. Con que te estravias... ya sabia yo que no eres fiel á las mugeres. ¿Qué dirá la *signora*? Ya lo oyes, valencianita, repuso volviéndose á esta: el *signor* Luquino abandona su muger para venir contigo: pronto te dejará para irse con otra.

—Ya sé yo que es un picarillo, dijo la valenciana.

La música empezó á tocar un vals. Florencio se inclinó al oido de la mascarita, la cual habló bajo á Luquino. Este la soltó, y mi amigo se lanzó al baile con ella.

Instantáneamente nos colocamos el coronel y yo á los lados del italiano, y descubrimos nuestros respectivos letreros. Uno de los que pasaban leyó: *Este es Farini*.

Luquino se volvió como si le hubiese picado una víbora; pero ya el coronel había corrido la cortina y echó á andar con serenidad, á tiempo que otro de los circunstantes leia en mi espalda: *Este es Paolo Smezzi*.

Mi hombre me miró y se puso lívido; pero yo no le hice caso, é imité al coronel.

—Magnífica idea! exclamó este luego que me reuní con él. Veo V. cómo ha quedado mi brigadier; da vueltas como un toro aturdido... Parece que busca á los que le han descubierto... Hacia nosotros viene: repítame la operación.

El coronel echó delante de mí con su cartel descubierto; yo descubrí el mio, quedándome á pocos pasos de distancia. Luquino se encaró con mi compañero; y seguramente intentaba hablarle, cuando tres diferentes voces dijeron á un tiempo:

—Este es Farini.

No supo el extranjero adónde acudir: sus ojos brotaban sangre. El coronel pasó de largo, y yo le seguí acompañado del clamoreo de la gente que repetía el nombre escrito en mi dominó.

—¿Qué infierno es este! oí que exclamaba Luquino al pasar yo por su lado.

Los circunstantes reian á carcajadas de la ocurrencia de los rótulos, mientras el aludido en ellos parecia seguir el compás del vals que á la sazón se bailaba. De pronto se paró y dirigió sus miradas hacia donde presumia encontrar á su compañero. Nosotros miramos tambien hacia allí; pero no descubrimos á la valenciana ni á Florencio.

—Camarada, dije al coronel, la *signora* y su caballero se han eclipsado.

—Ya parecerán, me contestó el coronel, que estaba mas impuesta en la intriga de mi amigo. En cambio, aqui vienen dos lindas muchachas, que sin duda nos buscan.

—A nosotros?

—Sí señor... Florencio hace las cosas en grande.

Con efecto, dos máscaras vestidas exactamente como la pareja de Luquino se acercaron á nosotros, y nos saludaron como á conocidos antiguos. Sus modales me revelaron que eran dos muchachas de trueno, dispuestas á cualquier cosa, y supe que habían sido prevenidas por Florencio para servir de *comparsas* en la comedia que estábamos ejecutando. El coronel me dijo, luego que terminó el vals:

—Vaya V. con su pareja y déjesela á Luquino.

Obedecí, y mi compañero me siguió.

El extranjero andaba loco buscando á su amiga, que no parecia. Cuando me vió, exhaló una exclamacion y se apoderó de mi depósito, que se dejó apresar sin decir esta boca es mia. Sin embargo, como Luquino tratase de llevársela á su casa, la muchacha que vió en esto una frase no escrita en su papel, resistió bruscamente y se asió de nuevo á mi brazo.

En aquel momento llegó el coronel, y tocando á Luquino en el hombro le dijo:

—Aquí tiene V. su pareja

Y le entregó la suya.

—¿Que diablo é questo? exclamó el italiano perplejo entre las dos valencianas.

—¿Cuál es la mia?

—Esta, contestó el coronel, cuya compañera mejor aleccionada se dejó conducir largo trecho por el querido de la bailarina, el cual en su aturdimiento no receló al pronto el engaño con que se le burlaba. El coronel, mi pareja y yo seguimos detrás por lo que pudiera ocurrir.

En esto vimos aparecer á Florencio acompañado de una máscara de dominó azul.

—Y eso? pregunté á mi adjunto.
 —Son Florencio y la bailarina, contestó el coronel en voz baja. Quédese V. aquí.... pronto vuelvo. Y desapareció.
 Nos hallábamos en un pasillo del teatro, y Luquino iba con direccion á una de las puertas, cuando la máscara del dominó azul se le puso delante diciendo:
 —Muy ocupado va el señor Luquino.
 —Es verdad, contestó este: adiós, máscara.
 —Espera un poco, replicó ella. Si tu señora te imitase; ¿qué dirías?
 —Mi señora me imita.
 —Mientes: pero puede hacerlo, y no le faltará razon para tomar represalias.
 —Adiós, mascarita; no tengo tiempo para bromas.
 —No te irás, no: necesito decirte que eres un mal marido. Quién es esa... señora que te acompaña?
 Luquino se rió de mala gana, y quiso seguir su camino; pero la bailarina le detuvo con mas ahinco, empeñada en reconocer á la valenciana. Entonces comprendí que el objeto de esta estratagemá era el de inspirar mutuamente celos al extranjero y su querida. La reyerta prosiguió muy acalorada por una y otra parte, con harta desesperacion del ex-príncipe; pues mientras, á su pesar, permanecía parado, muchos desconocidos que pasaban por detrás de Florencio leían el rótulo que este llevaba en la espalda, y se reian de un modo burlesco; risas que el *signor Luquino* interpretaba en un sentido el mas desfavorable á su persona. La bailarina no pudo resistir su cólera comprimida, y en un arrebató de celos arrancó la

Luquino las miró estupefacto, y comenzó á conocer que era víctima de una pesada broma. Lo único que comprendia era que le habian quitado la muger, y que se le usurpaba su nombre de guerra. Hizo un supremo esfuerzo para huir del coronel y se lanzó hácia la puerta que acababa de pasar Florencio. El coronel me dijo:
 —Sigámosle.
 Dejé á las dos muchachas, que se reian de la aventura sin comprenderla bien, y tomé el brazo que mi compañero me ofrecia.
 Luquino llegó á la puerta, que encontró cerrada por dentro; pero conociendo todas las comunicaciones interiores del teatro, se encaminó á otro punto.
 —Camaradita, me dijo el coronel: la accion se precipita, el desenlace se acerca: ¿está V. dispuesto á ser padrino de Florencio?
 —Cómo es eso? pregunté.
 —Vamos... vamos: no se nos pierda el *Otello*.
 Luquino se metió entre bastidores, el coronel y yo entramos detrás de él. Al fin de un pasillo se veia luz por la cerradura de una puerta: nuestro hombre se puso á observar por aquel resquicio, y dió un rígrado de ira.
 —Abrid... abra V... miserable! exclamó.
 La puerta se abrió en seguida, y apareció en ella Florencio, que dijo:
 —Qué significa esto?
 —Significa que necesito arrancarle á V. el corazon.
 —Me alegro mucho, contestó Florencio con calma: y desig-

traño. En cambio yo estoy contento de medir mis fuerzas con las de todo un señor príncipe de Farini.
 —Caballero!.. exclamó el ex-príncipe.
 —No intento descubrir misterios, que no lo son para ninguno de los presentes, continuó Florencio. No es así, señores? El coronel y yo hicimos una señal afirmativa.
 —Puesto que entre nosotros todo se sabe, prosiguió mi amigo, la cuestion se reduce á dar reparacion por reparacion; yo espongo mi pecho á una bala, para satisfacer al señor Luquino, que me ha encontrado ayudando á desnudar del dominó á su señora; en cambio él me hará el favor de firmar este documento *in articulo mortis*.
 Florencio presentó un escrito al ex-príncipe, el cual dijo:
 —¿Qué es esto?
 —Una declaracion que hace Pablo Smezzi, de haber usado en cierto tiempo el título de príncipe de Farini; de haberse casado ilegalmente con la señorita Cándida de N... á quien luego abandonó para seguir á su camarera Dolores; y de confesar su culpa en el momento de morir, para reparar...
 —¿Y quién ha dicho que voy á morir?
 —A eso vamos los dos, repuso Florencio. Si V. no firma este escrito, no me batiré; y diré á cuantos quieran oirlo que el señor Luquino me ha sorprendido con su esposa, que el señor Luquino se ha llamado otras veces príncipe de Farini, etc., etc.
 —Pero, si firmo ese papel, replicó el extranjero temblando de furor, me denuncio yo mismo...
 —No: ese papel no ha de servir mas que para devolver la libertad á una jóven indignamente engañada por el príncipe



—¿Te olvidas ya, hombre depravado, del dia en que me diste pa'abra de casamiento? tenemos veinte años y todavia no la has cumplido.
 —¡Qué tiempos aquellos! Orosia, ya lo recuerdo, y solo espero para cumplirla á que pasen otros tantos años como han trascurrido desde que te ofrecí ser tu esposo.

careta á la pareja de su *esposo*. El primer movimiento de este fué lanzarse á la agresora; pero Florencio la defendió: trabáronse ambos de palabras, y habrian venido á las manos, á no ser por el coronel, que apareciendo sin su disfraz, se interpuso y dijo:
 —Qué es esto?... calle!... mi amigo Farini!... Bien hallado, señor príncipe!
 Aunque aterrado por este fatal encuentro, el extranjero no atendió tanto á las palabras del coronel, como al rótulo de Florencio, que habiéndose vuelto este con su pareja, quedó descubierto y á su vista:—*Il signor Luquino!* dijo: ¿quién es el que se atreve?...
 —Alto aquí, señor príncipe, repuso el coronel: no se encuentran en balde dos buenos camaradas después de tanto tiempo.
 —Quién es V.? replicó el supuesto Luquino, forcejeando por desahirse de los férreos brazos de mi compañero.
 —El coronel Parra... trascordado está V.
 —Ah!... sí; es verdad.... Pero.... permítame V.... camarada, un favor: necesito averiguar quién es aquel máscara...
 —Cuál?...
 —Aquel que entra por aquella puerta... se me va á escapar.
 Florencio y su pareja entraban con efecto por la puerta del pasillo que comunicaba con lo interior del escenario.
 Sea quien quiera, dijo el coronel: nosotros debemos celebrar este feliz encuentro, y vamos á la fonda.
 —Después... después... murmuró el ex-príncipe volviéndose para recobrar su valenciana. Pero esta se habia cogido á mi brazo, y estaba descubierta, lo mismo que su compañera.

nándonos añadió: esos señores tendrán la bondad de tomar cartas en el juego.
 —Príncipe, dijo el coronel; cuente V. conmigo.
 Un grito ahogado se oyó dentro del cuarto.
 —Qué es eso, Doloretas? preguntó Florencio volviéndose.
 —Dolores! sabe su nombre... balbuceó el ex-príncipe, y puso un pie dentro.
 La puerta acabó de ceder, y entonces vimos á la bailarina desmayada, ó que fingia estarlo: sobre el respaldo de una silla se veia el dominó azul que se habia quitado un momento antes.
 —Ah!... la miserable me ha vendido!... exclamó el supuesto Luquino en voz apenas perceptible. Y volviéndose á Florencio le dijo:—Caballero, necesito una explicacion.
 —Ya la he aceptado, contestó Florencio, y aquí está mi padrino: añadió señalándome.
 —Cuándo?...
 —Al amanecer.
 —Armas?
 —La pistola.
 —Un par de ellas tengo en mi coche, dijo el coronel.
 —Salgamos, repuso Luquino.
 —Sí, salgamos, contestó Florencio; porque es tarde, y tenemos que arreglar antes una cuenta.
 Dicho esto salimos los cuatro de aquel estrecho callejon, dejando á la bailarina entregada á su buena ó mala suerte: tomamos el coche, el cual nos condujo á una fonda por órden del coronel. Este pidió un cuarto independiente, y cuando estuvimos solos dijo Florencio:
 —El señor Luquino debe estar muy ofendido de mí: no lo

de Farini; de mi palabra responden estos dos caballeros, únicos que mediarán en el asunto, y que firmarán el documento como testigos.
 —Corriente, acabemos: exclamó el extranjero, y firmó.
 En seguida se arreglaron las condiciones del combate: una de las pistolas estaba cargada: era la que contenia la carta del supuesto Farini á Cándida. La otra fué cedida al adversario de Florencio, para que la cargase á su gusto en presencia de los padrinos. Ambos combatientes debian disparar á un tiempo, á una distancia convenida.
 A las seis de la mañana siguiente el señor Luquino fué conducido á su casa con el pecho atravesado de un balazo. Tres dias sobrevivió á su herida, y el facultativo que le asistió certificó que habia muerto de un accidente natural. Dolores pasó en cama el tiempo que le faltaba para cumplir su contrata, después de lo cual partió al extranjero y no se ha vuelto á saber de ella. Tambien partió Florencio á Valencia el mismo dia de la muerte del señor Luquino.

CONCLUSION.

Un mes después la condesa de Villapar convidó á comer á sus mas íntimos amigos. A los postres abrió un paquete de tarjetas y las repartió entre los convidados, mandando al mismo tiempo llenar de licor las copas. Las tarjetas eran todas iguales, y decian:
 FLORENCIO GRANADOS Y CÁNDIDA DE N... PARTICIPAN Á V. SU EFECTUADO ENLACE Y LE OFRECEN SU AMISTAD.
 La condesa se levantó y brindó.
 —¡Por la Perla del Turia!

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 2^a.